

La Ilustración Artística

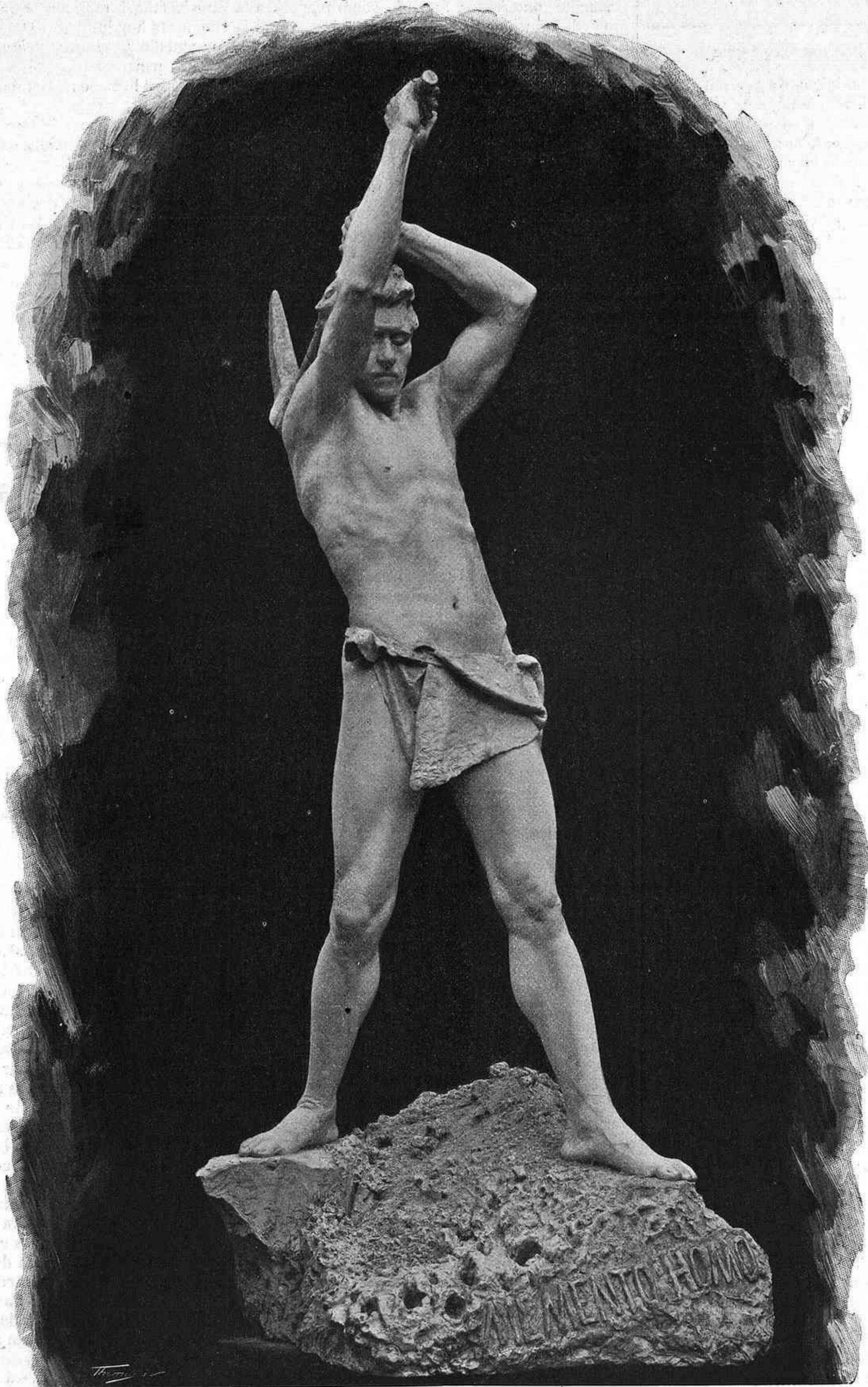


Artística

AÑO XX

BARCELONA 10 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 1.015



MEMENTO HOMO, escultura de Enrique Clarassó
(premiada con medalla de oro en la Exposición de París de 1900)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *A última hora todo*, por Eusebio Blasco. — *El mentidero de los representantes (recuerdos de antaño)*, por E. Rodríguez Solís. — *Los Salones de París. 1901 (conclusión)*. Sociedad de Artistas Franceses, por R. — *Nuestros grabados. — Miscelánea.* — *El fantasma*, novela (continuación). — *Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú*, por Francisco Toldrá. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *Memento homo*, escultura de Enrique Clarassó. — Dibujo de J. Cabrinety que ilustra el artículo titulado *A última hora todo*. — *Baco*, busto en mármol de Agustín Querol. — *Retrato de la hija de los Excmos. Sres. de I.*, obra de José Moreno Carbonero. — *Idilio flamenco*, cuadro de Carlos Vázquez. — *La vendimia en Jerez*, cuadro de Salvador Viniestra. — *De operaciones*, cuadro de Joaquín Bancell y José Cusachs. — *Tarde de verano*, cuadro de Bonnecontre. — *Marineros*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *El impertinente castigado.* — *La gallina ciega.* — *Prisionero de las ninfas.* — *En el prado.* — *Trilladoras.* — *Los difuntos.* — *La sopa en el asilo.* — *Cautiva.* — *Preparativos para la procesión.* — *La adivina.* — *El croquet.* — *Lección de Música.* — *Un almuerzo de obreras en las Tullerías*, cuadros del Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. — *Vistas de la Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los lectores de estas crónicas reconocerán que no abuso de la nota feminista, que rarísima vez les hablo de las ventajas obtenidas en otros países, sin efusión de sangre, por más de la mitad del género humano (existe en el mundo mayor número de mujeres que de hombres). Y es que en España me acomete, respecto a esta cuestión, algo como acceso de pereza y fatalismo. ¡Vivimos, particularmente en esto, tan atrasados! ¡Sería tan dificultoso romper nuestra costra de incultura, modificar nuestro criterio, propiamente musulmán en cuanto se refiere a la mujer! Y al mismo tiempo, ¡por ahí fuera van las cosas tan de prisa! Ese figurín lo recibiremos aquí un día, muy bien empacotado, de París, sin haber tenido que arrostrar hasta entonces la malignidad de la turba a quien Leopardi llamaba

..... gente
zotica, vil, cui spesso
argomento di riso e di trastullo
son dottrina e saper. ..

y entre la cual figuran los ignorantes voluntarios o involuntarios que visten levita, más de un siglo hace estigmatizados por Fray Benito Jerónimo Feijóo. (Entonces vestían chupa y casaca; no vayan a sacarme a plaza el anacronismo.)

Sin embargo, hay momentos en que lo interesante y simpático del movimiento feminista impulsa a dedicarle algunos renglones. Es la única gran conquista de la humanidad (la más trascendental, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrá obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro y el instinto de justicia, que dormido desde hace tantos siglos, combatido por tantas y tan arraigadas preocupaciones, se despierta poco a poco. No hay opinión, no hay doctrina política, no hay fase de la evolución social que no se compre a precio de mil luchas, de dolores sin cuento. Muertes, incendios, explosiones, crímenes, depredaciones de todas clases encontraréis, no sólo en los anales de los partidos extremos y de las teorías consideradas utópicas, sino en los de las opiniones que más se derivan de la tradición y más alto proclaman el imperio del orden. Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, ó mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan a la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios? ¿Ha sido nuestra historia, en todo el pasado siglo — sin ir más lejos ni remontarnos al diluvio — otra cosa que una serie de motines, alzamientos, barricadas, bombardeos, partidas echadas al campo, deportaciones, registros domiciliarios, cárceles, horcas, fusilamientos, saqueos, incendios, embargos de bienes, talas de campos, destrucción de monumentos artísticos, desmanes por aquí y barbaridades por allá?

En la reivindicación de los derechos de la mujer, nada parecido encontraremos. Paz, calma, razón, paciencia, constancia, las únicas armas para conseguir el fin. Lento el progreso, lentísimo; en cambio, cada paso que se adelanta es prenda segura del adelanto sucesivo, del otro paso firme. Como los viajeros alpinistas, que necesitan abrir en la roca el hueco para colocar el pie, pero acaban por llegar a la cumbre y plantar en ella su bandera, los defensores del derecho de la mujer avanzan solitarios, jamás cansados, aprovechando las mismas asperezas para ganar terreno y culminar su obra verdaderamente redentora. Y digo los defensores y no las defensoras, porque, para que todo sea hermoso en este movimiento, hasta son varones los que en primer término se consagran a

él. El hombre es más ilustrado y más fuerte: le corresponde el puesto de abanderado. En España, para una mujer que como doña María de Zayas proteste de la sujeción de su sexo, hay tres ó cuatro hombres eminentes que hablan más alto en favor de la causa feminista. En los primeros siglos de la iglesia (época de mujeres extraordinarias, no sólo por la piedad, sino por la cultura) se alzó en favor de la mujer la voz atronadora y prestigiosa de San Jerónimo.

Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso a favor de la mujer lo dan, en todos los países, los socialistas. Empresa tan justa se la ha dejado a su cargo la burguesía, empeñada en sostener el sentido del derecho romano y la consiguiente esclavitud de la mujer. Hay cosas tan evidentes para quien las mira sólo a la luz de la equidad, que es maravilloso que existan varias maneras de entenderlas y juzgarlas. ¿Por qué la burguesía se ha obstinado en privar de derechos políticos y de bastantes derechos civiles a la mujer, elemento esencialmente conservador, apegado como ninguno a la propiedad particular é individual, a la herencia, a la estabilidad social? ¿Por qué ha preferido tener a su lado una odalisca ó un ama de llaves, a una auxiliar inestimable, constante, tenaz y segura? ¿Por qué la ha puesto en el caso de esperar su emancipación de los partidos colectivistas, de una nueva organización de la sociedad, de una aspiración nueva?

En efecto, la burguesía, que hizo las revoluciones políticas, no las hizo sino para el varón: a la mujer se puede afirmar que en vez de aprovecharla, la perjudicaron; antes de ellas no era tan inferior al hombre. Un marido del siglo XVIII, sin derechos políticos, se encontraba más cerca de su esposa que el burgués elector y elegible del siglo XIX. Hoy, él ha andado, ella no se ha movido; distancia incalculable los separa. Los derechos políticos influyen en los derechos civiles; en nuestra organización presente, la política ejerce coacción sobre todo. La condición de la mujer contemporánea se resiente — hasta qué punto, lo han dicho con lógica inflexible Stuart Mill y tantos otros — de la anomalía creada por los acontecimientos que engrandecieron al hombre y dejaron a la mujer en su reducida esfera de acción, en su rincón de Cenicienta. Sólo la revolución económica, iniciada desde mediados del siglo, lleva en su programa la igualdad. Fenómeno tan significativo que debiera hacer reflexionar a los estadistas — si son dignos de este nombre.

Verdad es que en el terreno económico, ¿cuándo ha existido la desigualdad entre los sexos? El cuadro es antiguo ya: la mujer ha trabajado siempre; las labores más duras, más penosas, nunca se le han vedado en nombre de la debilidad y delicadeza de su organismo. En el muelle suele presenciarse una escena curiosa. Cuando llega el momento de la descarga de los barcos, se oye por todas partes resonar este grito: «¡Eh, aquí las mujeres!» Y un hato de ellas, descaldas, en pernetas, desgreñadas, curtidas por el sol, el aire y la ruda faena, se precipitan, disputándose el saco de carbón ó de cal, la barrica de aguardiente, el fardo aplastante que les valdrá unos cuantos reales de ganancia. «¡Eh, aquí las mujeres!» ¡Qué contraste entre el grito que llama a las miserables a sudar y reventarse, y el grito contrario «¡Eh, fuera las mujeres!» que cierra a la mitad del género humano todos los caminos por donde se va a obtener un puesto decoroso, lucrativo, honorífico, algo que sea provecho y ventaja, lo que el burgués se ha reservado para sí, gruñendo y rabiando como el perro cuando tiene un hueso y teme que se lo disputen!

Yo he visto a las mujeres, en mi tierra, segando, cavando, cargando el carro, pisando el tojo, juntando el estiércol, trabajando en obras públicas chapuzadas en agua hasta el muslo, partiendo piedra, sin que nadie les preguntase si estaban encintas ó lactando — particularidad que tanto preocupa a los que se aterrorizan ante la hipótesis de que una *diputada* lleve en su seno un animado germen de humanidad. — Yo las he visto haciendo oficios de mozas de cordel en las estaciones, porteando baúles; yo las he visto (no digan que es hipérbole) ayudando a tirar de una carreta. Todo esto pueden hacerlo con libertad absoluta, y ni se hunde el firmamento ni tiemblan las esferas interrumpiendo su armonioso giro. Lo que haría rasgarse el velo del templo y abrirse en los peñascos cada grieta atroz, sería que una mujer se sentase en una oficina a despachar expedientes, ó en la sala de sesiones de un ayuntamiento a deliberar, como sucede ahora en el Estado de Kansas. Porque es hartos sabido que estas funciones las desempeña el hombre con tal puntualidad, actividad, legalidad y maestría, que no acertaría la mujer de substituirle ni el espacio de una hora.

Las anteriores digresiones — ya es tiempo de declararlo — me las ha sugerido la lectura de un periódico

extranjero, donde veo que la mujer va a formar parte del Jurado, en Francia; la idea ha sido bien recibida y prosperará. Esto que llaman algunos penalistas *extravagante institución del Jurado* y que yo ahora ni defiendo ni examino, ó no es nada, ó es la intervención de la opinión y del sentimiento público en la administración de justicia. Existiendo el Jurado, funcionando normalmente, ¿cómo se puede excluir de él a la mujer? Hay delitos y crímenes que el hombre, por instinto y sin mala intención, juzga apasionadamente siempre, porque afectan al sexo, a los privilegios que el varón se arroga, a sus preocupaciones hereditarias y emocionales. Hace falta oír a la otra parte; es necesario que tenga voz y voto la mujer.

La mujer no hace las leyes, ni puede siquiera designar al que ha de hacerlas; pero las sufre de lleno, sin atenuaciones; la penalidad es para ella igual en todo caso y mayor en algunos que para el varón. Así se entiende la justicia. Si, tienen razón los propagandistas de la vecina república: en el Jurado hace falta, mucha falta, la representación de medio género humano, hasta hoy juzgado, sentenciado, ejecutado por el otro medio. ¿Seríamos los españoles, que hemos tenido una penalista, una jurista como doña Concepción Arenal, los llamados a asombrarnos de la innovación?

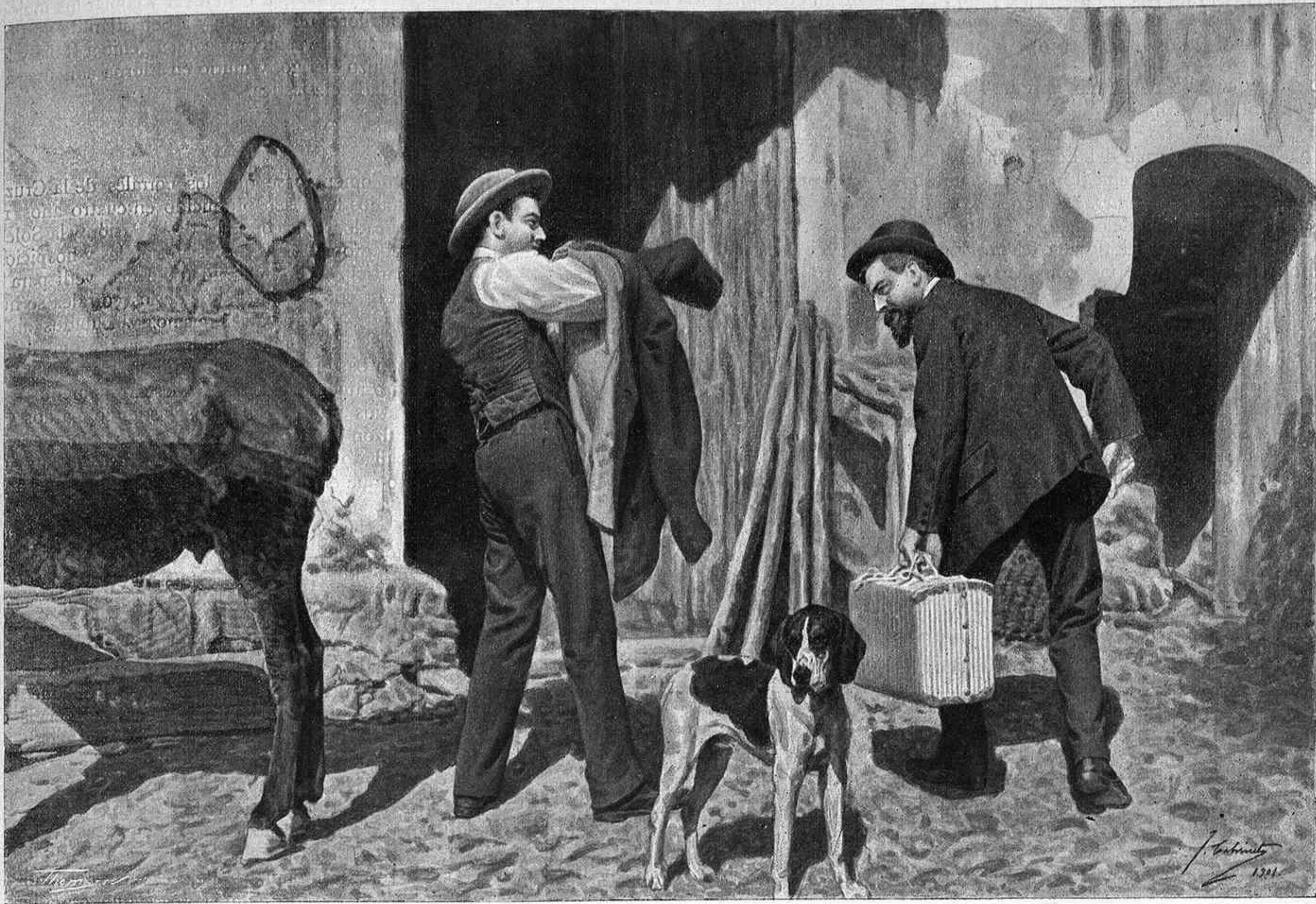
También va ganando terreno la idea de combatir el infanticidio habilitando muchas casas de maternidad donde con absoluta reserva y gratuitamente sean recibidas todas las mujeres que se vean en el caso de tener que ocultar su desventura, fruto de una falta que no fueron ellas solas a cometer... La causa de esta medida tan caritativa como racional es el temor que infunde a pensadores y patriotas la despoblación de Francia. Procurando que se salven esos niños infelices que a veces la desesperación de las madres arroja a un pudridero, Francia acrecentará la falange de hijos naturales de la cual procedieron los d'Alembert, los Dumas y los Jorge Sand. La bastardía, en la historia, presenta contingente bastante lucido. Entre los bastardos abundan las criaturas robustas, aptas y vivaces — siempre que las angustias y ocultaciones de la madre no les originen enfermedades ó debilidades congénitas. — La cristiana institución de esas casas de maternidad evitará a muchos seres humanos las lacras y miserias fisiológicas que Sorolla retrató en su lienzo *Triste herencia*. Es lo menos que puede hacer una sociedad algo civilizada por los que sin delito nacen afectados de una irregularidad y bajo el peso de una humillación.

¡Todavía se discute si estamos en el año 1901 ó en el 1902! Acabo de recibir un folletito, obra de don Pedro Pablo Blanco, que defiende a capa y espada la hipótesis de que el siglo empezó el 1.º de enero del año anterior, ya apenas me atrevo a decir qué fecha tenía. En efecto, soy tan torpe para estas cuestiones en que median números, que casi prefiero decirle al Sr. Blanco que tiene razón. Y eso que creo firmemente que no la tiene. Para mí es una discusión de palabras: el Sr. Blanco quiere que el año no exista mientras no haya transcurrido; yo diría al revés; que así que ha transcurrido es cuando ya no existe, y que sólo mientras está en curso tiene existencia (¿real ó imaginaria?, vaya usted a saberlo: esto del concepto del tiempo es un hondo problema filosófico). Afirma también que un año no es año desde que empieza, sino hasta que acaba; y en mi humilde opinión sí lo es, como el día y la hora, al menos ideológica y abstractamente, pues si vamos a encerrar estas cosas en la realidad concreta, se nos escapan.

El tiempo, forma de la intuición sensible, ¿cómo se mide? De un modo convencional. Pero admitida esa convención, no puedo avenirme a que, si una decena empieza a contarse por el uno, resulte que no contiene diez unidades, sino nueve. El uno es el uno, el dos el dos... y de aquí no me apeo. Será que me falta la casilla de las matemáticas. Me falta, corriente; pero la razón (que es la base de las matemáticas mismas) me dice a voces que 10 son 10 y no 9. Y que el cero a la izquierda no es nada, absolutamente nada (excepto en política, donde a veces no dejan de representar cantidad positiva los ceros a la izquierda).

En resumen: no sabemos en qué siglo estamos; no sabemos (desde la reforma del horario) en qué hora vivimos; y a poco que pensemos en esta incertidumbre, se nos va a levantar una jaqueca fenomenal, y vamos a ser de la opinión de aquellos que maldicen de los relojes, porque echan a perder todos los gustos. Repito que estoy muy dispuesta — por no discutir ni calentarme los cascos — a pasar por cuanto el señor Blanco quiera y disponga, y a fechar: Junio de 1902... ó lo que me manden, como aquel cortesano que, preguntándole el rey la hora, exclamaba: «Es la hora que V. M. guste.»

EMILIA PARDO BAZÁN.



Salían á toda prisa de la casa, cada cual á lo suyo, á tomar el primer tren, á tratar de recuperar los cuartos...

A ÚLTIMA HORA TODO

- *Arreboles al oriente, agua amaneciente*, dijo Gaspar adivinando en las nubes rojizas que llovería al día siguiente; y en vez de salir para sus viñas, se quedó en casa.

Su primo Juan tenía que ir á la ciudad á cobrar trece mil pesetas; pero como le oyó á Gaspar aquel refrán viejo, deshizo la maleta que ya tenía hecha y se quedó en casa también.

Venía cantando y contando su jornal el hortelano de la casa, un tal Mínguez, con su azada al hombro; y *quien trae azada, trae zamarra*, dice otro proverbio. O lo que es lo mismo, que con el dinero de su honrado trabajo iba á comprarse un chaquetón que le hacía falta.

Gaspar y Juan le dijeron que ya era tarde y que lo dejara para el día siguiente.

- Es que mañana es domingo.
- Bueno, pues te lo comprarás el lunes.
- El caso es que quería estrenarlo mañana.
- No harás tal, porque amanecerá lloviendo.
Y le repitieron el primer refrán de los dos citados.
- Bueno, ¿y qué quieren ustedes de mí?
- Que nos acompañes esta noche á echar un tresillo.

- Como dispongan.

Gaspar y Juan, primos carnales, vivían con un tío segundo, ricachón como ellos. Amos y criados formaban una familia; y supuesto que iba á llover..., ¿para qué tomarse la molestia de salir?

- A ver si está en su casa *Pepe el Ancho* (que era un amigo íntimo, ricachón también) y que se venga por acá.

Fueron á buscarle y dijo que tenía que irse á ver á una tía suya que estaba mala en el pueblo cercano.

- Vuelve á su casa y dile que lo mismo da que vaya mañana, que le esperamos á cenar y luego jugaremos un tresillo y á las once nos comeremos una sandía.

Tanto se le rogó, que *Pepe el Ancho* dejó de ir á ver á la enferma y acudió á la casa de los amigos.

D. Senén, que era el tío de Gaspar y de Juan, tardó en venir á cenar; y sus sobrinos le regañaron.

- Tenía que hacer las cuentas de los que me daban dinero, y cobrarlo como todos los sábados; yo no dejo nada para mañana, y como mañana es fiesta y...

- Y además va á llover..., dijo Gaspar.
- ¿Estás bien seguro?
- Las nubes lo dicen.

- ¿Y por eso, á lo que veo, has dejado de tomar el tren para ir á las viñas?

- ¡Naturalmente!
- ¿Pero no te han dicho que te están robando las uvas?

- ¿Pero no comprende usted que lloviendo á mares no hay quien salga á robar uvas?

- Bueno; ¿y éste tampoco va á Salamanca?

- Iré mañana.
- Bien se conoce que el dinero no te corre prisa.

- Sí que me corre, pero lo mismo me lo darán el lunes.

- ¿De modo que esta noche tresillo y cena doble?

- Sí, señor.
- Pues ustedes harán lo que quieran, porque yo estaré roncando á las diez.

- ¡Por Dios, tío!
- Nada, no hablemos más; que llueva ó que graneice, á las ocho estaré en misa. ¡Manuela, sácanos la sopa!

Cenaron. Reinó franca alegría. *Pepe el Ancho*, que era muy gracioso, entretuvo la íntima reunión con cuentos y chascarrillos de pueblo, que suelen ser sabrosos. Llamaron á Mínguez, al viejo servidor, que les ganó al tresillo hasta cuatro pesetas. Cuando se levantaron de jugar y comer y beber, eran cerca de las dos de la madrugada, hora *escandalosa* en un pueblo de mil quinientos vecinos.

Ya iban á retirarse, cuando *Pepe el Ancho* les dijo:

- Bien podíais bajar á la cueva y subir una botella de aquel vinillo que D. Senén tiene guardado para cuando repican gordo.

- ¡El vino de diez años! ¿El clarito aquel?..

- ¡Ese!
- Espera, voy por él, tienes razón; ya que no ha querido pasar la noche con nosotros, que lo pague. ¡Ahora vengo!

Para bajar á la cueva tuvo Gaspar que ir de puntillas al cuarto donde dormía su tío y buscar la llave.

D. Senén roncaba como un canónigo, es decir, como es fama que roncan los canónigos, porque yo no he oído á ninguno.

Cogió Gaspar la llave, bajó á la cueva, cogió dos botellas del vino aloque y subió triunfante con ellas.

¡Oh, qué alegría! ¡Y qué bien lo pasaron los cuatro trasnochadores, para los cuales la vida era valle de sonrisas!..

Pero hé aquí que á las tres y media suenan alda-bonzos á la puerta...

Gran novedad. Acaso era la primera vez que sucedía tal cosa en aquel hogar tranquilo y feliz. ¿Llamar á tal hora? Algo extraordinario sucedía.

- ¡Quién!, gritó Juan desde la ventana.
- Un telegrama para D. Juan y otro para D. José Sanchas. ¿Está aquí D. José Sanchas?

Este D. José era *Pepe el Ancho*, y el tal Pepe estaba con una media borrachera muy bien cortada.

- ¡Aquí estoy!, respondió. ¿Quién me busca?

Gaspar dijo que él bajaría; pero el hortelano se adelantó, cogió un candil que había quedado encendido en la cocina, y fué á abrir la puerta y á coger los telegramas.

Juan y Pepe los abrieron con igual prisa.
El de Juan decía:

«Banquero Torrijos quebró, desaparecido, avísale por si le interesa.»

Y firmaba Andrés, que era un pariente de Juan; y éste, al leer en voz alta el contenido del telegrama, cayó sobre un sofá exclamando:

- ¡Mis trece mil pesetas!

Pepe el Ancho leyó su despacho, en voz alta también:

«Doña Teresa fallecida, criadas están registrando y robando cuanto pueden. - *Carlota.*»

- ¡Mi tía muerta! Mi pobre tía... ¡Y aquellas bribonas se quedarán con todas las alhajas y con el talego de las onzas de oro!

Estaba amaneciendo, y por las calles corrían ya varios vecinos gritando:

- ¡Fuego en casa del *pellejero*!

Llamaban así á un hombre que tenía un bazar de esos que hay en los pueblos, en los que se vende de todo, ropa, jamones, perfumería y hortalizas. El hortelano, al oír la palabra *¡fuego!*, echó á correr, porque el *pellejero* le guardaba sus ahorros, y en su casa pensaba comprar el chaquetón. ¡Sí, sí, chaquetón!

¡Todo ardía!

Y Juan y Pepe y el hortelano salían á toda prisa de la casa, cada cual á lo suyo, á tomar el primer tren, á tratar de recuperar los cuartos..., y Gaspar pensaba en que acaso sus viñas estaban convertidas en botín de los merodeadores, porque á pesar de los arreboles de la víspera, ni llovía ni mucho menos. ¡Hacia una mañana hermosísima!

D. Senén se había despertado al ruido del aldabón de la puerta, estaba ya vestido, oía á sus sobrinos y exclamaba en su estilo sanchopancesco:

- ¡*Asno malo, cabe casa aguija sin palo!* Ahora es el trabajar y el correr, cuando todo lo que os interesa está para acabarse ó acabado. ¡Perezosos! ¡Indolentes! Cuando falta poco para llegar á lo que ha de hacerse, mucha prisa. ¡Españoles eternos!

(Dibujo de Cabrinety.) EUSEBIO BLASCO.



EL MENTIDERO DE LOS REPRESENTANTES

(RECUERDOS DE ANTAÑO)

Como hacia la calle del Prado, entrando por la plazuela de Antón Martín, entre las calles de Francos y de Cantarranas - hoy de Cervantes y Lope de Vega, - hallábase en la calle del León y en el siglo xvii, según el plano de Texeira de 1656, el famoso *Mentidero de los Representantes*, así llamado, tanto por ser el punto de reunión de comediantes y poetas, cuanto por diferenciarle del titulado *Mentidero de Madrid*, del cual es posible nos ocupemos en otra ocasión.

La calle del León tomó su nombre de cierto indio que exhibió públicamente y por largo tiempo un hermoso león, mediante el pago de dos maravedises.

El *Mentidero* ocupaba una especie de plazoleta, á la que daban la casa del obispo de Cuzco D. Manuel de Mollinedo y la de Cervantes.

Natural es que al *Mentidero* concurriesen los representantes y los autores en gran número, así por su proximidad á los corrales (teatros) de la *Pacheca* y de *Burguillos*, en la calle del Príncipe, y del de Cristóbal de la Puente, en la del Lobo, como por vivir en las calles cercanas muchos poetas y farsantes.

El fénix de los ingenios, Frey Félix Lope de Vega, habitaba en la calle de Cantarranas, que hoy lleva su nombre, y en casa propia, que dejó á su hija doña Felicianita.

Enfrente, en la calle llamada del *Niño* y en la actualidad de *Quevedo*, el insigne D. Francisco de Quevedo, en una casa también de su propiedad.

No lejos, en la antigua calle de Francos y en el día de Cervantes, el príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes.

De los comediantes sábese que por las cercanías del *Mentidero* vivieron las afamadas María Riquelme, la Calderona, María Lavenant, Rosario Fernández (la Tirana) y Rita Luna, y los célebres Agustín de Roxas, Alonso de Olmedo, García Parra, Mariano Querol, Isidoro Máiquez, D. Antonio Guzmán, D. Carlos Latorre, D. Julián Romea y otros muchos representantes antiguos y modernos.

Al *Mentidero* acudían los farsantes más notables en sus diversas épocas; Alonso de Morales, el *Príncipe de los Representantes*, como le llamaban sus compañeros; Roque de Figueroa; Agustín de Roxas, hidalgo, estudiante, soldado, escritor, farsante y luego notario público; Lorenzo Hurtado, Andrés de la Vega y Cristóbal de Avendaño, autores y representantes de comedias; Juan Rana, Manuel Vallejo, Francisco López, que debía morir sobre la escena española como Moliere sobre la francesa; José Miravet, gracioso representante que, como Roxas, acabó en escribano; Sebastián de Prado, que trocó el teatro por la iglesia; Andrés de Claramonte, tan notable historiador como autor de comedias; Pedro de Morales, al que tanto elogió Lope de Vega, y otros varios.

Igualmente le frecuentaban, ya para exhibir sus encantos, ya para lucir sus trajes y joyas, ya para protestar de los bandos y disposiciones del Consejo y de los Alcaldes, ya para exigir el cumplimiento de sus palabras á los autores, ó de sus juramentos á los galanes, las comediantas Antonia Infante, Jerónima de Burgos, la Bárbara Coronel, mujer casi hombre; Isabel Hernández, la *Velera*, que había de acabar en un convento; María de los Angeles, una pícaro toledana que sedujo con su belleza y su gracia á muchos caballeros; María de los Reyes, casada, divorciada y acogida á un beaterio, y Micaela Fernández, que vestida de mujer ó de hombre conquistaba á cientos corazones y bolsillos.

Al *Mentidero* venían con frecuencia los autores Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Quevedo, Benavente, Moreto, D. Gaspar de Avila, Mendoza, Coello, Alarcón, Montalbán, Belmonte, D. Luis Vélez de Guevara, Mira de Mescua, D. Juan de la Hoz y Mata, D. Francisco de Rojas, el fraile trinitario Paravicino, el mínimo fray Antonio de Herrera, los jesuitas Nieremberg y Céspedes, los literatos Jerónimo de Quintana, Alonso de Salas Barbadillo, D. Juan de Zavaleta, Pellicer, Solís y otra porción de ingenios que sería prolijo enumerar.

Aquella plaza tenía algo de mercado, porque en ella se trataba del arrendamiento de los corrales y del ajuste de los comediantes; algo de Academia, por los esclarecidos vates que con su instrucción y su talento le prestaban cierta elevación de miras y cierta elevación de pensamientos; algo de plaza pública, porque allí se hablaba de todo, en voz alta y sin recato, y algo de corral de comedias, porque el mayor número de los que la frecuentaban eran representantes y literatos.

Vamos á procurar que nuestros estimados lectores

conozcan el *Mentidero de los Representantes*, guardando, en cuanto posible nos sea, los años y las fechas.

* *

Recordábanse en el *Mentidero*, por los antiguos farsantes, los adelantos del histrionismo, que en al-



BACO, busto en mármol de Agustín Querol (Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

gunos años había pasado de las *Eglogas* y las *Pastorelas* de Juan de la Encina y Lucas Fernández, de las comedias de Torres Naharro, representadas en Italia por comediantes españoles, de los *Pasos* y *Coloquios* de Lope de Rueda y de las tragedias de Juan de la Cueva, á las sublimes concepciones de Calderón y Lope de Vega, de Tirso y Alarcón, de Rojas y Moreto, de Castro y Montalbán.

Citaban con encomio al afamado comediante Agustín de Roxas, que en su interesante libro *Viaje entretenido* describió, en pocos versos, la vida del cómico:

«Que no hay vil negro en Europa
Ni esclavo en Argel se vende,
Que no tenga mejor vida
Que un farsante, y mejor suerte.»

A Pedro Navarro, que mudó el costal de vestidos de los representantes en cofres y baúles; sacó la música, que cantaba detrás de la manta, al público; quitó las barbas á los farsantes, que siempre salían con ellas, inventando tormentas, con truenos y relámpagos, así como desafíos y batallas; á Cosme de Oviedo, el primero que puso carteles para anunciar las comedias, que luego se colocaron en sendos postes, con anuncios de papel y letras góticas, pintadas de almagre; á Cristóbal Santiago Ortiz, de ilustre nacimiento y rara instrucción, autor del *Memorial* presentado á Felipe IV para que sólo representasen en España las doce compañías reales, pues se habían llegado á contar hasta cuarenta, formadas «por gente perdida, clérigos fugitivos y frailes apóstatas;» á Juan Rana (Cosme Pérez), que en el teatro de Palacio se había atrevido á burlarse de dos señoras de la primera nobleza, por lo muy pintado que llevaban el rostro; á Olmedo, bachiller por la Universidad de Salamanca, que escribió varias obras, y murió en Alicante, asistiendo á su entierro todo el cabildo; á Damián Arias

de Peñafiel, que iban á ver y copiar los mejores predicadores de la corte; y á Sebastián de Prado, quien después de asombrar con su genio á Italia y Francia, se hizo clérigo, y murió en Liorna con una alta dignidad eclesiástica.

* *

Comentábase que los corrales de la Cruz y Burguillos hubiesen producido en cuatro años 114.400 ducados á las cofradías de la Pasión y la Soledad como propietarias, y á los hospitales y hospicios como partícipes, sin dejar un triste maravedí para los pobres representantes; que en los corrales se hubiesen prohibido los bailes mismos ejecutados en palacio por varias señoras de alta alcurnia, que disfrazadas con basquiña de picote, jubón blanco y mantellina airosamente terciada y desgarradamente cogida, y varios nobles caballeros vistiendo pardos capotes, calzón blanco y temeraria y zaina montera, habían bailado ante los monarcas un *rastreado* que nada tuvo que envidiar al de las comediantas más atrevidas; que era ridícula la orden de que las histrionas fuesen casadas, y sacasen el escote muy alto, y se colocase un listón en el tablado para que las gentes del patio no pudiesen verlas los pies, así como la de que no llegaran á permitirse otras comedias que las que trataban de la historia ó de la vida de algún santo.

Indignábanse de la acusación de inmoralidad á los comediantes, y hasta de las excomuniones que se pretendía arrojar sobre ellos, alegando que el famoso Lope de Rueda había sido enterrado en la catedral de Córdoba; que una histrionista, Catalina de Flores, había merecido de la Virgen el milagro de sanarla, hallándose por completo baldada; que en su vista habían fundado la *Congregación de la Virgen de la Novena*, en la parroquia de San Sebastián de Madrid, cinco comediantes, Cristóbal de Avendaño, Lorenzo Hurtado, Manuel Vallejo, Tomás Fernández de Cabredo y Andrés de la Vega, que era á la vez una hermandad de socorro; que las compañías eran las verdaderas sostenedoras de los hospitales y hospicios; que las de Madrid daban una cuantiosa limosna para los necesitados, y que las entradas habían sufrido el aumento de un cuarto, para el sustento y curación de los soldados y heridos enfermos; y por último, que era extraño que mientras al alojero que vendía en el pórtico se le obligaba á examinarse de doctrina cristiana, á la *jaula de las damas* ó *cazuela* se enviase un hombre con la misión de apretarlas para que cupiesen más, lo cual era altamente inmoral.

* *

No faltaban en el *Mentidero* los inevitables murmuradores que pregonaban la escasa cordialidad que reinaba entre los autores y poetas, y para demostrarlo referían que al presenciar la tremenda silba con que los *mosqueteros* - que capitaneados por el popular zapatero Nicolás Sánchez ocupaban el patio ú *olla de convento*, como algunos le llamaban - recibieron una comedia de Montalbán, quien pomposamente se hacía llamar el doctor D. Juan Pérez de Montalbán, el satírico Quevedo le improvisó estos punzantes versos:

«El doctor, tú te le pones,
El Montalbán no le tienes;
Conque quitándote el Don
Vienes á quedar Juan Pérez.»

El mismo Quevedo, decían, escribió contra Góngora:

«Yo te untaré mis versos con tocino,
Porque no me los roas, Gongorilla...»

versos que encerraban una acusación de judaísmo de suma gravedad tratándose de D. Luis de Góngora, que era sacerdote y capellán de honor.

Góngora, para vengarse del desdén con que suponía le trataba el Fénix de los Ingenios, le apellidaba *el Lopillo de las diez y nueve torres*.

Y Lope, á su vez, dirigía contra D. Juan Ruiz de Alarcón este epigrama:

«¡Pedirme en tal relación
Parecer! Cosa extremada:
Porque á mí todo me agrada
Si no es D. Juan de Alarcón.»

Contra el propio Alarcón, tan digno de admiración por su talento, como de respeto por su mala figura, escribieron Quevedo, Góngora, Mendoza, Tirso y otros varios poetas.

Agregaban los maliciosos que, muchos de ellos habían sabido, sin grande pena, la tristísima noticia de que el 28 de junio de 1631 había muerto en el hospital de Monserrat, muy próximo al *Mentidero*, y sido enterrado de limosna, D. Guillén de Castro, aquel esclarecido poeta que supo llevar el primero á nuestra escena los asuntos históricos y caballerescos,



RETRATO DE LA HIJA DE LOS EXCMOS. SRES. DE I, obra de J. Moreno Carbonero



IDILIO FLAMENCO, cuadro de Carlos Vázquez



LA VENDIMIA EN JEREZ, cuadro de Salvador Viniegra, premiado con consideración de primera medalla

las leyendas más populares de la época, los cuadros y caracteres de la sociedad de su tiempo, dejando como modelos *Las mocedades del Cid*, *La fuerza de la costumbre* y *Los mal casados de Valencia*.

* *

La crónica escandalosa apuntaba que al corral de Burguillos venía á trabajar una histrionisa de *carita*

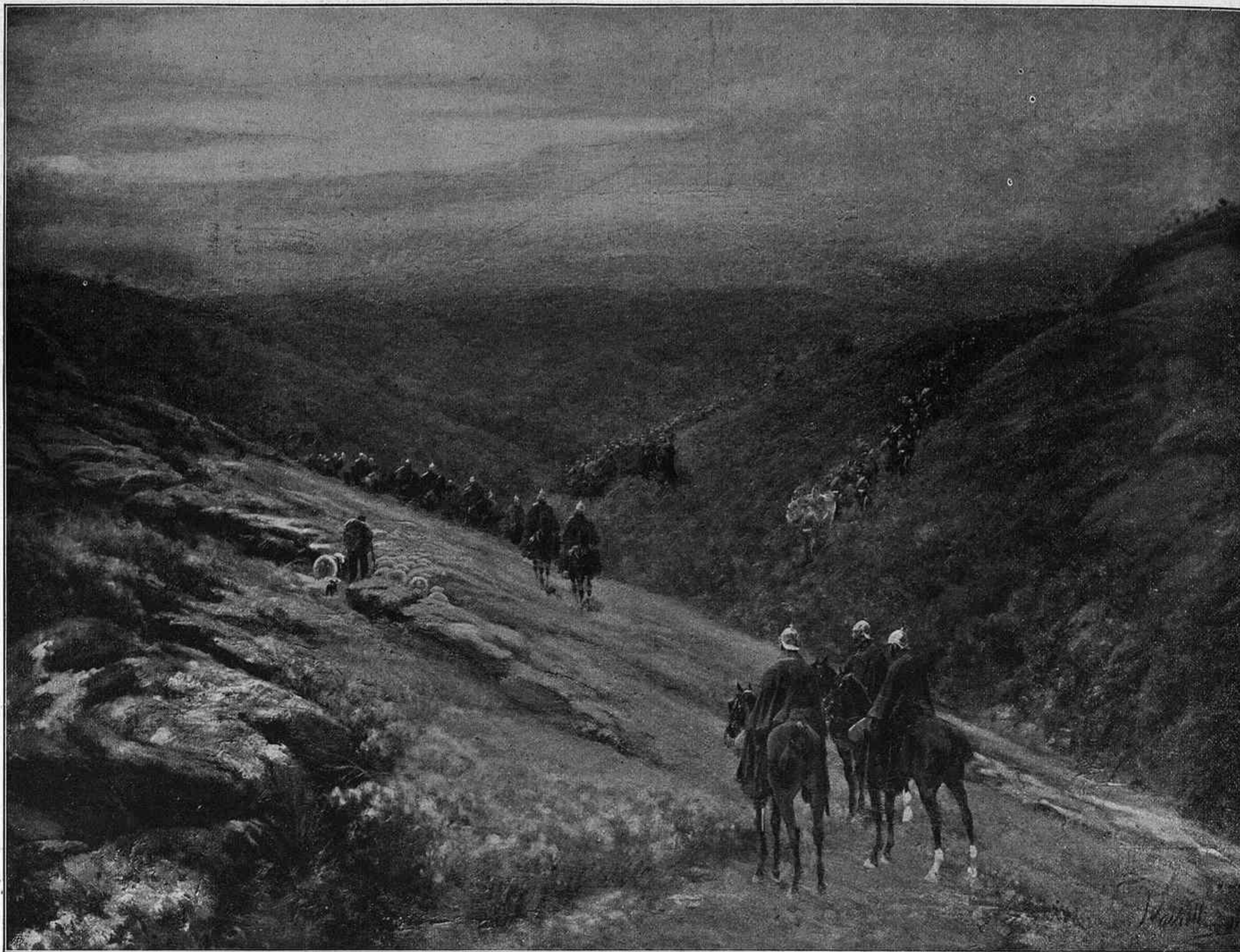
chas que tenían, y otros apellidaban las *Tenientas*, sin explicar la razón.

De Ana de Barrios se contaba que había obtenido dispensa del papa Inocencio X para que el fraile agustino Félix de Velasco abandonase el convento y se casase con ella; y de María Romero que, divorciada de su marido Luis Ortí, entró en un convento de monjas descalzas, y antes de profesar le abandonó para casarse con el comediante Manuel Angel,

indicando que á pesar de los relicarios que lucía y del cordón de San Francisco que llevaba, era amiga de fiestas y galanes; acusaciones no probadas.

* *

Fué objeto de las más encontradas opiniones el establecimiento, por las más lindas histrionisas, de la llamada *misa de hora*, en la capilla de Jesús del



Reproducción autorizada

DE OPERACIONES, cuadro de Joaquín Vancells y José Cusachs. (Salón Robira, calle de Escudillers.)

zaina y mirada de basilisco, llamada Antonia Infante, que usaba en la cama sábanas de tafetán negro para hacer resaltar la blancura de sus carnes.

Decían que á Josefa Vaca, tan buena comedianta como hermosa mujer, la perseguían con tenaz empeño los duques de Feria, de Sessa, de Pastrana y Riosco; los condes de Olivares, Saldaña y Villamediana; los marqueses de Villanueva del Fresno, Alcañizes, Villafior y otros calaveras de la corte, y porque no había accedido á sus locas pretensiones, fiel á su marido, Alonso de Morales, le habían dedicado versos como estos:

«Con tanta felpa en la capa
Y tanta cadena de oro,
El marido de la Vaca,
¿Qué puede ser sino toro?»

versos que se atribuyeron al duque de Medina, el causante de la reclusión en un claustro de María Calderón, la favorita del rey Felipe IV, y su amada; la que á su vez fué objeto de epigramas como el siguiente:

«Un fraile y una corona,
Un duque y un cartelista
Anduvieron en la lista
De la bella Calderona.»

De oído á oído, se refería que la linda comedianta Jerónima de Burgos, que traía revueltos á nobles y plebeyos, y para la que Lope de Vega había escrito su preciosa comedia *La niña boba*, en pago de lo cual la bella farandulera le había alojado en su casa, tratándole á cuerpo de rey, consintió un día en que el fénix de los ingenios fuese arrojado de ella *por un aventurero de bigote retorcido, que reclamó anteriores derechos*.

Con grandes comentarios recibióse la noticia de que el marqués de Heliche había traído de Toledo á Madrid, para trabajar en los corrales de la corte, á tres hermanas, Ana, Feliciano y Micaela Andrade, á quien unos llamaban las tres *Gracias*, por las mu-

comprando á la hija de Lope de Vega, doña Feliciano, la casa en que su padre murió.

Ninguno de los concurrentes al *Mentidero* conocía las faltas de que se acusaba á María Heredia, pero todos repetían el romance que vamos á transcribir:

«El zurdillo de la costa
Está ya muy consolado,
De ver á María Heredia
En las galeras remando.
A malas lanzadas mueras,
Comediante ringorrango,
Deshonradora de zurdos
Y zurda de los honrados.
Porque el pelo no te corten
Cuatro doblones has dado;
Mas donde está lo raído
Poco importa lo rapado.»

Posible es que estos versos fuesen la venganza de algún pretendiente desairado, que por sí ó por otro intentó vengarse de los desdenes de María Heredia, como aconteció con Josefa Vaca, María Riquelme y María de Córdoba.

Contra ésta escribieron:

«Ayer te vi en una silla
De tu dueña acompañada,
Más escudero que dueña
Y más fábula que dama.
Y satisface á un curioso
Que enfadado te miraba:
— Va pregonando la fruta
Que ya de temprana pasa.

Al margen de una taberna
Esto un cortesano canta,
Adonde estaba *Amarilis*
Y no á la orilla del agua,»

suponiéndola vieja y borracha.

Contra Manuela Escamilla:

«A Escamilla y á su hija
La villa les da salario,
A él por lo poco que sabe
Y á ella porque *sabe tanto*,»

cercano convento de Trinitarios descalzos de Jesús Nazareno, que el duque de Lerma había fundado detrás de su magnífico palacio, que luego fué de los duques de Medinaceli.

Sostenían unos que en el fondo esa llamada *misa de hora* era, en realidad, una cita; mientras que otros afirmaban que nada de particular tenía que las comediantas, que habitaban por lo general en las calles del León, Francos, Cantarranas, las Huertas, Amor de Dios, San Juan y Santa María, quisieran juntarse todas en una misa, dicha á una hora determinada.

Consultóse á teólogos y consejeros, á clérigos y alcaldes; y es fama que Lope de Vega y Calderón de la Barca, que antes que sacerdotes habían sido militares, nada tuvieron que oponer, siempre que las histrionisas oyeran la misa *con entera devoción*. Tirso de Molina añadió que la iglesia y el paraíso eran de todos; que si las comediantas habían puesto en moda la dicha misa, los hombres las seguirían á ella, en lo cual saldría ganando la religión.

Cierto que al poco tiempo hubo una pendencia á la salida de la *misa de hora*, que costó la vida á un gallardo mancebo; pero como esto ocurría en Madrid con mucha frecuencia, nadie le dió importancia.

Con estas historias, quejas, exhibiciones, censuras y malicias, alternaban los concurrentes la indispensable misa del alba, oída en las monjas trinitarias ó en la iglesia de Jesús ó en la de Monserrat; el rezo del *Angelus*, á las doce, entonado con la cabeza descubierta; la asistencia á los corrales para ejecutar ó ver representar la comedia, á las dos en invierno y á las tres en verano; el *Avemaría*, al sonar las oraciones; las citas, las pependencias, los desafíos, las estocadas y las muertes.

Tal era, á grandes rasgos, en el siglo XVII el llamado *Mentidero de los Representantes*.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

LOS SALONES DE PARÍS. 1901

(Conclusión)

SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES

Un sentimiento de delicada ternura, de gracia y de distinción respiran los dos cuadros de Ernesto Hebert, que son sin disputa de lo más notable de este Salón: uno de ellos es una cabeza de niño, el otro un busto de mujer, y con ser tan modestos sus asuntos atraen más la atención que otros muchos lienzos complicados.

El retrato de M. Loubet pintado por Bonnat es una de las obras más sobrias y más concienzudamente hechas del famoso retratista obligado, por decirlo así, de todos los personajes importantes. Del propio autor es un techo con la alegoría de la Justicia, destinado al Tribunal de Apelación de París y no terminado todavía, en el que se admiran ya, sin embargo, las dos figuras que representan la Violencia y la Mentira.

Otro retratista de grande y merecida nombradía, Benjamín Constant, expone los retratos de la reina Alejandra y del papa León XIII que, aparte de la solidez de su factura, cautivan por su hermoso colorido.

Los retratos del comandante Marchand y de dos señoritas en un parque, pintados por F. Humbert, merecen ser clasificados entre los mejores del Salón, el primero por su sencillez y por su verdad, y el segundo por su gracia y armonía.

Cómida de criadas ha sido uno de los mayores éxitos de este certamen y señala una fecha decisiva en la carrera de su autor, José Bail: las figuras de las tres muchachas están admirablemente trazadas, y la cristalería y objetos de plata que cubren la mesa están pintados de mano maestra.

La *Bucólica*, de Enrique Martin, respira esa dulce tristeza que es la característica de este pintor y que revela un alma profundamente poética; es un cuadro cuya contemplación produce esa sensación de ensueño y de reposo que tan grata es al espíritu.

Esto último puede decirse también del lienzo de Mlle. C. H. Dufau titulado *Ritmo* y lleno de ese sentimiento general, elevado, que coloca al verdadero artista a un nivel más alto que el que alcanza el simple pintor: es un cuadro armonioso, delicado de color y finamente ejecutado.

Caro-Delvaile, hasta hace poco completamente desconocido, ha conquistado de pronto los honores de la fama con sus obras *El te* y *La manicura*, esta última sobre todo: el primero es un conjunto sobrio y armonioso de notas de color expresadas por unas cuantas figuras perfectamente observadas; el segundo es también un modelo de observación y de agradable tonalidad.

El espectáculo grandioso de la Exposición Universal de 1900 inspiró a Duvent la idea de pintar un gran cuadro de actividad humana: a esta idea responde el tríptico *La alegría del trabajo*, que representa una manifestación de las ciencias e industrias, en sus preparativos, en todo su esplendor y en su terminación; el Sena atraviesa las tres composiciones, mezclándose en ellas como poderoso personaje mudo, como espíritu vital de las mismas. Esta obra encierra un pensamiento levantado, ha sido concebida bajo la impresión de una emoción verdadera y proseguida con un vigor extraordinario, pero adolece del defecto de poco acabada en los detalles.

Con el título *Venid á mí* ha expuesto Wencker el cuadro religioso indudablemente más importante del Salón, y el mejor, tal vez, de cuantos lleva pintados durante su carrera: hay en él un sentimiento sincero, una

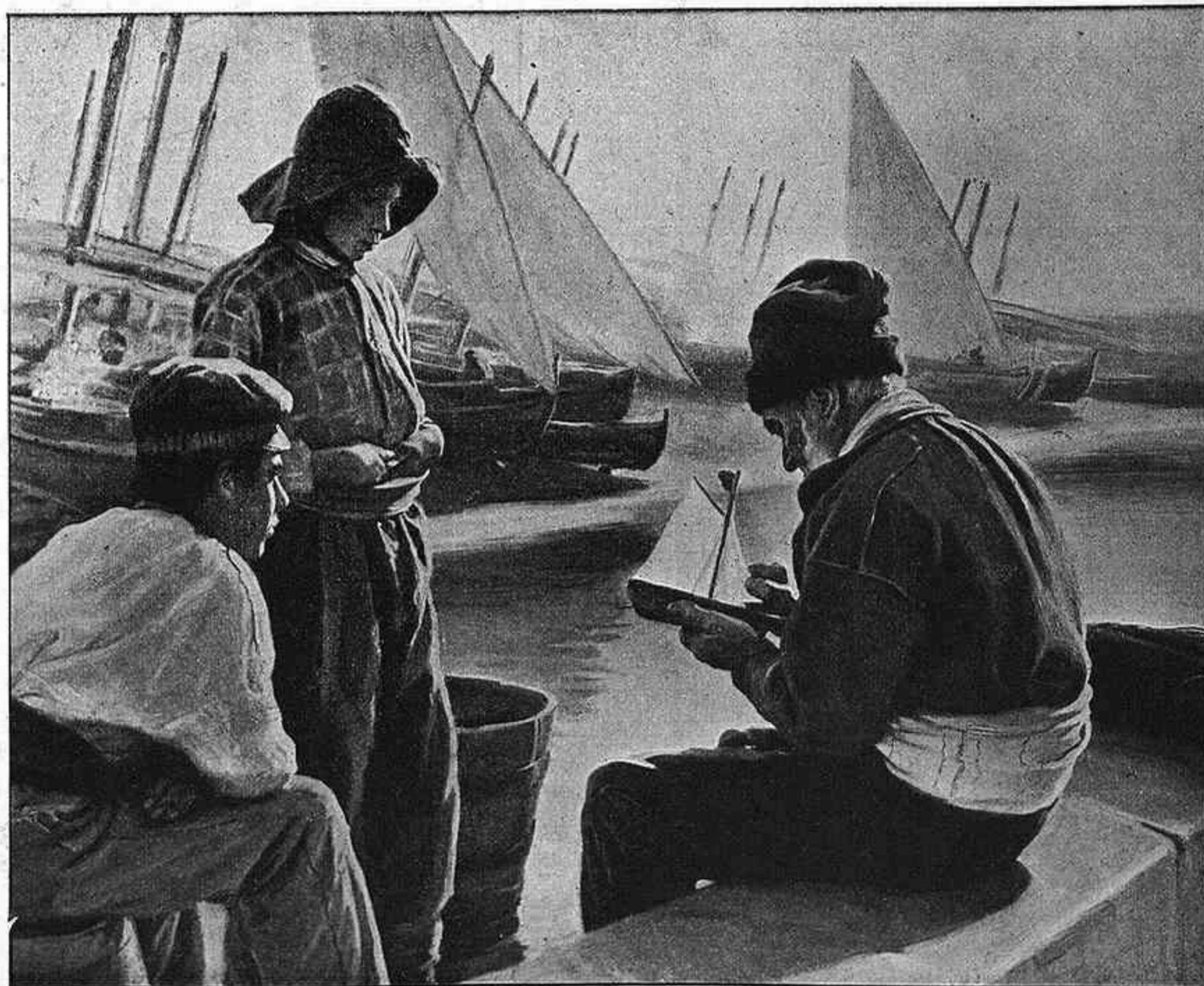


TARDE DE VERANO, cuadro de Bonnecontre
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París. 1901.)

emoción real y una ejecución excelente. Representa á Jesucristo ofreciendo el Viático á un grupo de indigentes, lisiados y enfermos, ávidos todos de consuelo y de esperanza, y constituye una escena verdaderamente dramática sin degenerar en teatral.

El techo *Mariposas nocturnas*, de Maxence, está hábilmente dispuesto y es de un colorido brillante y refinado.

Himno de amor y *Combate de centauros* son dos composiciones atrevidas, quizás demasiado naturalistas, pero de bellísimo efecto.



MARINEROS, cuadro de Dionisio Baixeras
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París. 1901.)

Los desnudos y los cuadros de historia son cada vez más raros. Entre los primeros que en el Salón figuran merecen especial mención los de Bouguereau, Alberto Thomas, Marioton, Guinier, Faubert, Ta-pissier y Mme. Magdalena Smith.

Gervais ha expuesto una *Fiesta en honor de Baco y Ariana* que, sin dejar de reunir algunas buenas cualidades, peca de trivial. Del mismo defecto adolecen los cuadros de Rohegrosse *La leyenda maravillosa del rey Salomón y de la reina de Sabá* y de Chalon *Friné en las fiestas de Venus. Psiquis y el Amor*, de Commerre; *Prisionero de las ninfas*, de Scalbert; *Primavera*, de Courselles Dumont; *Sirenas*, de Bellemont; *Safo*, de Hitchcock, y *El dios y la bayadera*, de Enrique Levy, producen agradable impresión por sus condiciones pictóricas.

En el género histórico religioso llaman la atención los cuadros siguientes: *Jesús en casa de Marta y María*, de Taupin, por la brillantez de su colorido; *Cristo en la Cruz*, de José Enders, por la intensidad con que está sentido; *El martirio de San Esteban*, de Agustín Humbert, muy correctamente pintado; una *Virgen*, de Lybaert, que por su carácter y por sus procedimientos recuerda la tradición flamenca del siglo xv; un *Samaritano*, de Pavec, pintado con gran vigor; un *San Francisco de Asís*, de Sautay, finamente ejecutado; *La infancia de Jesús*, de Many Benner, de ejecución delicada; el *Jesucristo sobre las aguas*, de Boisselier, bien compuesto y bien pintado; una bellísima *Virgen rodeada de ángeles*, de Mme. Isabel Sonrel, y una leyenda local de Tattelain, *Llegada de la Virgen milagrosa á Boulogne*.

Gabriel Ferrier expone un gran techo destinado al vestíbulo del teatro de Nîmes: Carmen y Mireille son las figuras que se destacan, y como elementos decorativos abundan las alusiones á las corridas de toros.

Al mismo género de pintura decorativa pertenecen otro techo, *La Vendimia*, de Lançon, destinado á Sevres; la *Compilación de leyes*, de Abel Boyé, para la Facultad de Derecho de París; el *Calígula*, de Surand; el bonito tríptico *Las tres edades*, de Lavergne; la conmovedora *Alegoría del Transvaal*, de Mme. Demont-Bretón, y la alegoría de la Belleza, de Seon.

En punto á historia moderna, Detaille expone *El mariscal Massena*, admirablemente compuesto; Chartran, *Richelieu y la Eminencia gris*, hábilmente pintado, pero demasiado grande tal vez para un cuadro anecdótico, y Geo-Weiss y Faber du Faur dos telas que representan ambas la retirada de Rusia.

Antes de pasar á ocuparnos de los cuadros de costumbres y paisajes, citaremos: la *Cautiva*, de madame Gruyer Brielman, figura correctamente dibujada y muy bien pintada; *El bosque y la Fuente*, composición graciosa y de original colorido de Enrique Amedée, y *Junio y Tarde de tormenta*, de Boggio, que son de una riqueza de color admirable.

La gallina ciega, de Aquiles Fould, es un lienzo en extremo recomendable por la naturalidad que campea en las figuras y por la riqueza de tonos de las ropas: el paisaje que le sirve de fondo está bien tratado.

El tipo de mujer rezando el rosario que con el título de *Corazón sencillo* expone Troncy, es de una verdad y sencillez encantadoras.

Chocarne Moreau y d'Entragues, en sus cuadros *El imperitante castigado*, *El croquet* y *Lección de música*, siguen cultivando el género que tan justo renombre les ha conquistado y en el que intervienen siempre como actores principales los niños.

También en el lienzo de Mlle. Herland son los niños los protagonistas: su *Sopa en un asilo*



EL IMPERTINENTE CASTIGADO, cuadro de P. C. Chocarne Moreau
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA GALLINA CIEGA, cuadro de Aquiles Fould
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

es un conjunto de figuras infantiles que impresionan agradablemente.

Un estreno en el teatro de Montmartre, de Dewambaz, es una obra vigorosamente pintada, y aun cuando revela todavía cierta inexperiencia en su autor, demuestra que éste tiene verdadero temperamento de artista.

La adivina, de Wagrez, merece elogios por la expresión de las cuatro figuras, así como por el talento con que están tratados los ropajes de las mismas y el trozo de jardín que en el fondo se distingue.

Harcourt, con su *Adiós*, que representa la despedida de varios soldados ingleses que marchan a la guerra, ha hecho un excelente cuadro popular.

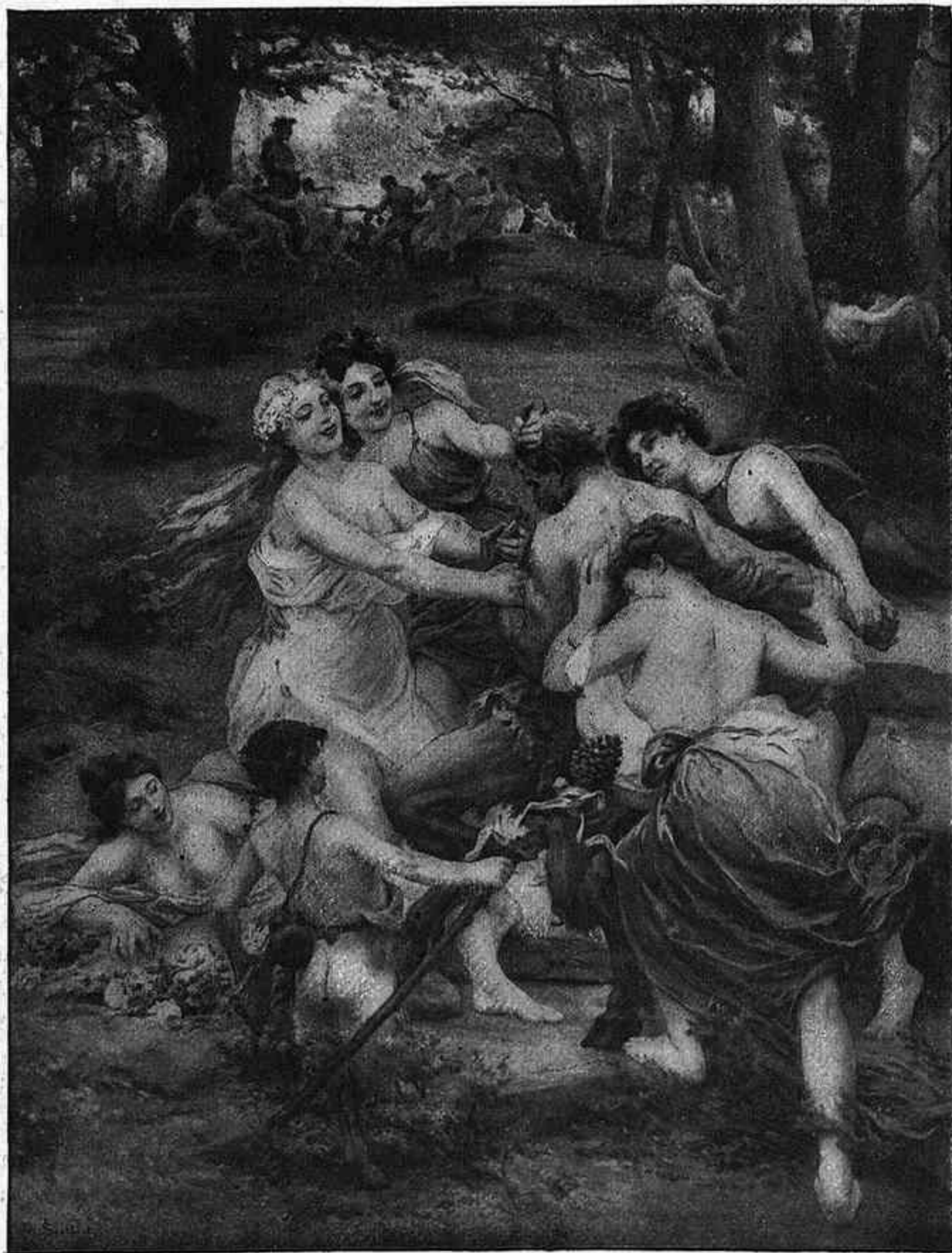
En el *Abrevadero*, de Mlle. Angela Delasalle, la riqueza del color y la robustez de la ejecución pierden una parte de su valor por la circunstancia de ser el lienzo demasiado grande para tan poco asunto.

El notable pintor español Vicente García de Paredes hace gala una vez más de sus dotes de dibujante y colorista en su cuadro *Preparativos para la procesión*, composición llena de dificultades que el

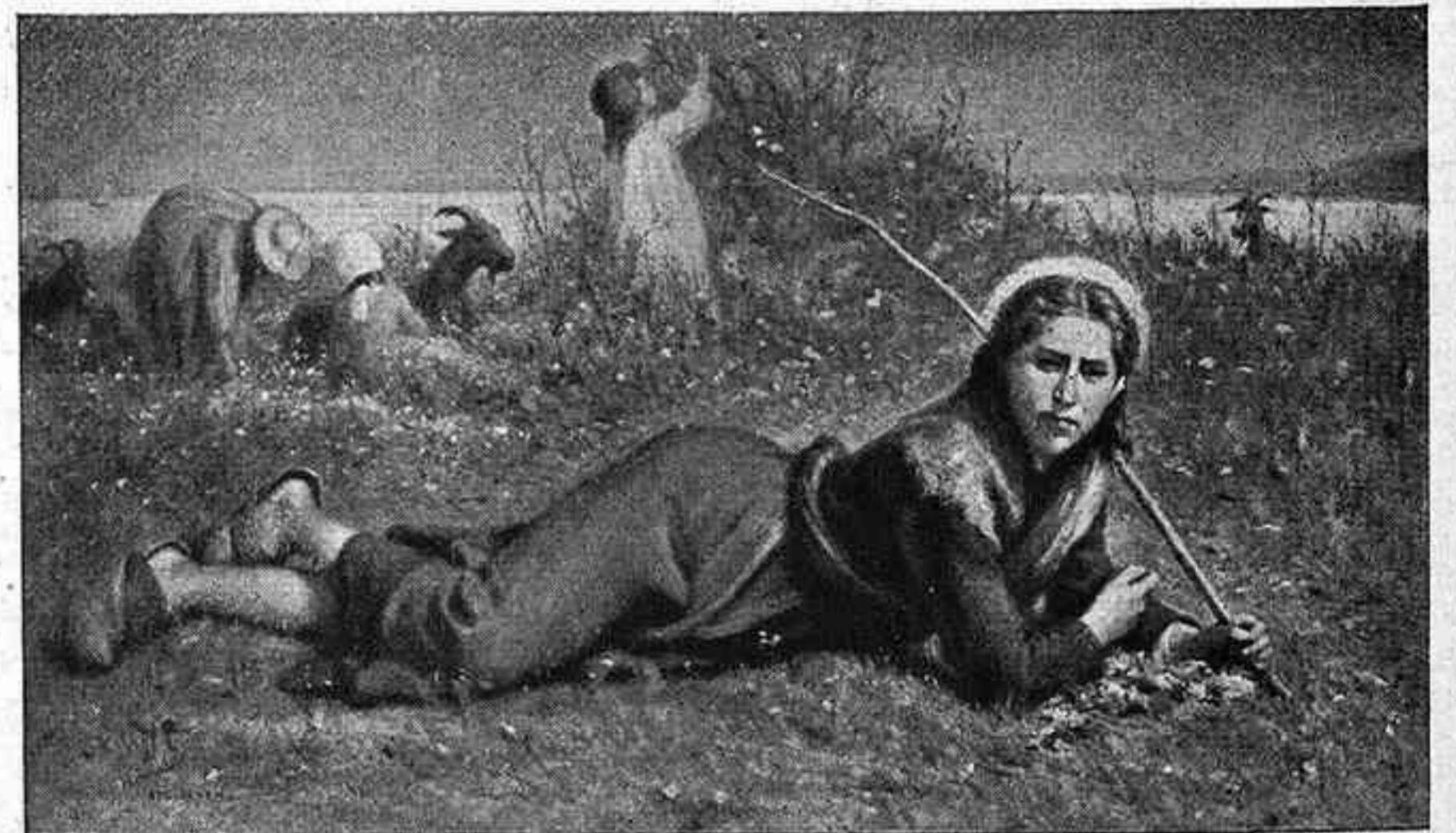
artista ha sabido vencer con gran acierto y maestría.

En *Los difuntos* domina la nota del sentimiento; la figura y el paisaje están impregnados de suave melancolía y responden admirablemente al pensamiento del autor.

El *Almuerzo de obreras en las Tullerías* es indudablemente una de las obras más simpáticas del Salón y de las que más han atraído las miradas del público: las graciosas figuras de las cinco lindas muchachas, de tipo genuinamente parisiense, y la hermosa arboleda, están tratadas de mano maestra.



PRISIONERO DE LAS NINFAS, cuadro de J. Scalbert
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

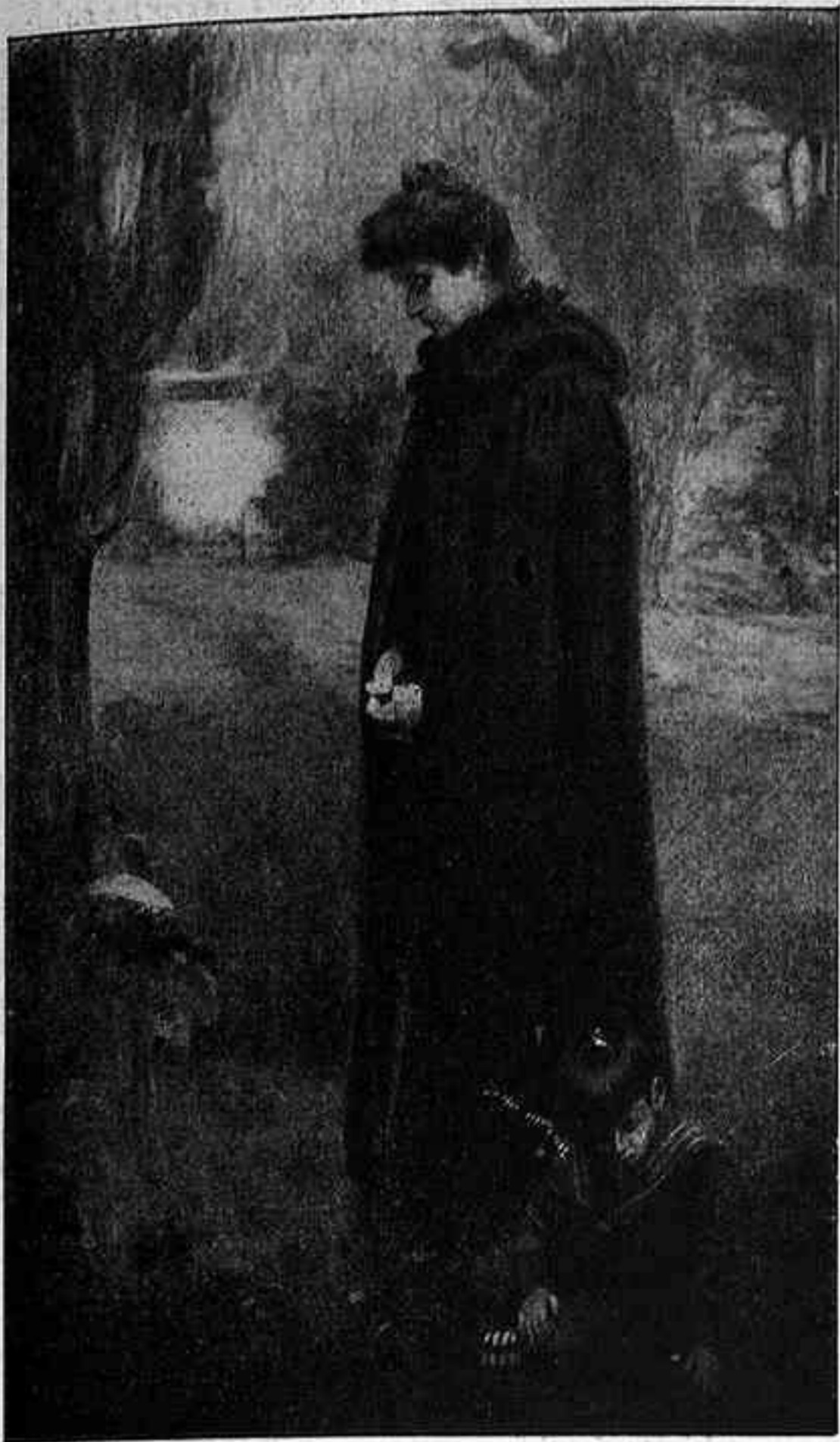


EN EL PRADO, cuadro de E. Feyen
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



TRILLADORAS, cuadro de Poilleux Saint-Ange
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

La *Camarera*, de Alejo Vollón; el animado *Puente de París*, de León Félix; la *Llegada de las barcas*, de Jean-Pierre; la *Convaleciente*, de L. A. Leclercq, y Luisa de la Riva Muñoz, Paulina Dubrón y Juana Ameu. Los retratos femeninos de Pablo Alberto Laurens



LOS DIFUNTOS, cuadro de Mlle. J. Bonnefoi (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA SOPA EN EL ASILO, cuadro de Mlle. Herland (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



CAUTIVA, cuadro de Mme. Gruyer Brielman (Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

Marinos tirando de una barca, de Inness, merecen también contarse entre los buenos cuadros de género.

Entre los cuadros ruralistas son dignos de mención los de E. Feyen, Julio Bretón, Sorolla, Adler, Souza Pinto, Saint-Ange, Guillonnet, Laparra y algunos más, si bien no hay en este género ninguna nota que verdaderamente se imponga.

Muchos son los paisajes excelentes que en la exposición figuran. El de Pointelin es de una severidad

finura y su robusta simplicidad, y el segundo la gracia y la viveza de su talento. *Llanura de Tebas*, de Gerome; *Nubes de tarde* y *Camino en el Poitou*, de Foreau; el trozo del valle del Sena de Tausin; la vista del Creuse, de Madeline, y *Estanque misterioso*, de Alfredo East, merecen ser especialmente mencionados.

Entre las naturalezas muertas y los grupos de flores sobresalen los lienzos de Gilbert, Bail, Chretien, Grivolos, Collet, Bergerat, Victoria Dubourg, María

son notables por la riqueza de colorido y la elegancia de la actitud; el grupo de jóvenes de Flameng denota la influencia que en este notable pintor ha ejercido la escuela inglesa; Lefebvre, Bouguereau y Jacquet aparecen correctos como siempre; Henner se hace admirar por sus encarnaciones, y Juana Romani manifiéstase á la vez enérgica y graciosa. Se distinguen también los retratos pintados por Dechenaud, Dreyfus-González, Maurin, Fougerat, Cosson, Beaumont, Guinier y Mlle. Cecilia Sorel.



PREPARATIVOS PARA LA PROCESIÓN, cuadro de V. G. de Paredes (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA ADIVINA, cuadro de J. Wagrez (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

La obra más importante de la sección de escultura es el gran alto relieve de Recipon *Todos llevamos nuestra carga*, que representa á Jesucristo seguido de una multitud de hombres y mujeres de todas clases y condiciones, cada uno de ellos con su cruz á cuestas: es una composición llena de vida y está ejecutada con todo el talento y la habilidad que han conquistado legítimamente un puesto á su autor entre los mejores representantes de la moderna escultura francesa.

Antonino Mercié ha expuesto el modelo de su *Monumento á los jóvenes del Gard*, notable por su sencillez y por su sentimiento. Sicard tiene en el Salón otro monumento patriótico que se ha de erigir á la memoria de los alumnos del liceo de Tours muertos al servicio de Francia: es una composición noblemente concebida y ejecutada con gran amplitud. También son dignos de aplauso los monumentos de Coulon, Peynet y Bartholdi.

Puech expone un busto del presidente de la República, de gran parecido y cuidada ejecución; Labatut una escultura inspirada en una novela de Pierre Louys, de gracia seductora; Sanson una fuente de elegantes líneas; Leconte de Nouy una figura conmovedora de un joven héroe muerto; Jacquot un tierno grupo de campesinos, titulado *Primeros amores*; Becquet *El abismo*, de enérgica factura; Bloche el *Virio*, obra sencilla, pero que produce gran impresión; La Spina un *Sátiro raptor*, de carácter sumamente pintoresco, y Cros una *Bucólica*, llena de poesía.

En la imposibilidad de enumerar todo lo bueno que el Salón contiene en materia de escultura, citaremos únicamente las obras de Charpentier, Couteilhas, Delagrangé, Hugoulin, Benet, Moncel, Peter, Enderlin, Weigle, Mlle. Amelia Colombier, Van der Straeten, Fremiet, Marqueste, madame Demagnes y Juana Itasse.

En las secciones de acuarela, pasteles, dibujos, miniatura y grabados llaman la atención el cartón decorativo de Juan Pablo Laurens inspirado en una antigua leyenda, los vigorosos estudios de Sorolla, los retratos de Benjamin-Constant y Baschet; las acuarelas de Du Gardier y Scott, los pasteles de Styka, Poitelin y Lamy y de las señoras Vallet-Bisson, E. Huillard, Jenny Fontaine y Luisa Lavrut; las miniaturas de las señoras Debillemont, Delaroche, de Mirmont, de Chaussé, Burdy, Guiraud-Dieudonné y Richard, y los grabados al buril de Jacquet, Patricot, Lamothe, Payrau y Burney; las aguafuertes de Reifferscheid, Egusquiza, León, Bermer y Robida, los grabados en colores de Coppier, Houdart, Detouche y Mlle. Voruz, los grabados en madera de Beltrand, Mathieu, Bazin y Wolff y las litografías de Belleruche, Mauron, Fuchs y Sidney. — R.

NUESTROS GRABADOS

Memento homo, escultura de Enrique Clarassó. — Varía ha sido la producción de Clarassó. Durante el transcurso de algunos años se ha manifestado rindiendo culto á un humorismo de sana intención, sentimentalista ó copiadorel más fiel de tipos populares. En todos los géneros ha logrado

singularizarse, dando muestra de sus aptitudes y del entusiasmo con que cultiva el arte. Hoy presenta el laborioso artista una nueva fase, más digna de aplauso, puesto que se inspira en nobilísimos ideales y el concepto avalúa la producción. *Memento homo* es la más gallarda muestra de la evolución operada, representando un señalado progreso. El escultor inspirase en el verdadero arte, y la ejecución se subordina á una idea, y un pensamiento elevado, que ennoblece á la obra y al que la ha realizado. En la última Exposición celebrada en París, el Jurado concedió á la obra de Enrique Clarassó la más alta distinción.

Baco, busto en mármol de Agustín Querol. — Retrato de la hija de los Excmos. Sres. de I, obra de José Moreno Carbonero. — *Idilio flamenco*, cuadro de Carlos Vázquez. — *La vendimia en Jerez*, cuadro de Salvador Viniegra. — Todas estas obras figuran en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes que se celebra en Madrid y en todas ellas se patentizan una vez más las excepcionales aptitudes de sus respectivos autores, cu-

inmensa llanura cubierta de vides, aquel cielo limpio que difunde claridad vivísima y aquellos hombres que abrasados por el sol y medio ocultos por los pámpanos realizan su penosa tarea, parece que nos encontramos en aquella atmósfera de fuego que envuelve el paisaje, que respiramos ese aire asfixiante que seca las fauces y quema los pulmones. Y cuando una obra produce esa impresión tan intensa de la realidad, bien puede afirmarse que es una obra maestra.

De operaciones, cuadro de Joaquín Vancells y José Cusachs. (Salón Robira, calle de Escudillers.) — Dos artistas de reconocido mérito, que han logrado aplausos y notoriedad en el género que respectivamente han cultivado, concibieron el proyecto de producir una obra que sirviera para dar muestra de sus aptitudes y marcara su personalidad, sin que de la conjunción de los diversos elementos aportados, pudiese resultar falta de armonía. Y preciso es convenir que han realizado gallardamente su propósito, puesto que adivinándose en el hermoso paisaje la experta é inteligente labor de Joaquín Vancells y en los grupos de soldados de caballería la aptitud y singulares condiciones del pintor militar José Cusachs, se confunden y complementan, avalorando la producción, que causa agradabilísima impresión y pregona los méritos de los pintores que tan dignamente figuran en el cuadro de nuestra producción artística.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — M. Chauchard, el propietario de los grandes almacenes del Louvre, acaba de adquirir por 800.000 francos el célebre cuadro de Millet *El Angelus*, que hace algunos años fué comprado por un norteamericano.

BERLÍN. — Adolfo Fischer, propietario de una magnífica y numerosa colección de obras de arte de Asia y especialmente del Japón, la ha cedido al gobierno prusiano para los museos berlineses, los cuales, gracias á tan valioso donativo, dispondrán de un material como no existe en ningún museo de Europa otro igual en su género.

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Academia de Música *Le Roi de Paris*, drama lírico en cuatro actos de Enrique Bouchut, música de Jorge Hue; en la Opera Cómica *L'Ouragan*, drama lírico en cuatro actos de Emilio Zola, música de Alfredo Brumeau; en Nouveautés *La petite fontionnaire*, comedia en tres actos de Alfredo Capus; y en el Odeón *Ma Fiel*, comedia en cuatro actos de Pedro Vetter y Mauricio Soulié.

Barcelona. — En Novedades ha comenzado con gran éxito la temporada de verano con la notable compañía que durante el pasado invierno ha funcionado en el teatro de la Comedia de Madrid y de la que forman parte artistas tan aplaudidos como Rosario Pino, Matilde Rodríguez, García Ortega y Rubio. En el Eldorado se ha estrenado el drama *Electra*, de Pérez Galdós, que ha dado lugar á las mismas manifestaciones que en todas partes promueve la discutida obra del incomparable novelista.

Necrología. — Ha fallecido:

Ivar Hallstrom, compositor sueco, autor de varias aplaudidas óperas y ex director de la Escuela de Música de Estokolmo.



EL CROQUET, cuadro de C. B. d'Entraigues. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LECCIÓN DE MÚSICA, cuadro de C. B. d'Entraigues (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901)

vos nombres ocupan sendas gloriosas páginas en los anales del arte español contemporáneo.

El busto de *Baco*, de Querol, es un portento de expresión, realizado por una ejecución sobria: la antigua divinidad aparece tal cual podemos concebirla teniendo en cuenta los atributos que la mitología le asignaba y la misión que en el Olimpo y en la tierra los mortales le atribuían. El pedestal sobre que descansa el busto es de excelente efecto decorativo y contribuye á dar carácter á la efigie del hijo de Júpiter.

Moreno Carbonero ha tomado como modelo para su retrato los cuadros en que Velázquez inmortalizó las figuras de las princesas hijas de Felipe IV, y no sólo se ha inspirado en el gran maestro por lo que se refiere al carácter de época, sino que ha conseguido efectos de tonalidad y de expresión que se aproximan mucho á los que tan magistralmente producía el

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Ante aquellas impresiones delicadas ó sublimes, veía yo en los ojos de Evelina despertarse su inteligencia. Veía entrar en ella aquellas hermosas imágenes, fijarse en su pensamiento y grabarse en sus recuerdos. Ante aquel espectáculo la paz me invadía. Pero bastó una conversación más íntima para que esa paz se perdiese de nuevo.

Al acabar la tarde de hoy, algo cansados por haber visitado muchas iglesias, una entre otras, que lleva en su frontón esta divisa, que es la mía: *Amori et Dolori sacrum... Consagrada al Amor y al Dolor*, estábamos paseándonos por el jardín público, casi desierto en aquel momento, y aspirando la tranquilidad de aquella tarde tibia y transparente. Hablábamos de nuestras sensaciones de los últimos días, y á este propósito, del encanto de los divinos artistas lombardos, de aquel ideal grave y tierno, voluptuoso y reflexivo, que se observa en la gracia misteriosa de sus Madonas y de sus Herodiadas y en la nobleza del tipo que dan á la cara de sus viejos. Recordé un pensamiento de Vinci que había leído hacía tiempo, y lo cité traduciéndolo:

— «*Siccome una giornata bene spesa dá lieto dormire, così una vita bene usata dá lieto morire...*» «*Así como un día bien usado da un goce al dormir, una vida bien empleada da un goce á la muerte...*» Esa hermosa frase es una tarde italiana, añadí. Es esta tarde. Y es también la vejez de estos ancianos... Recuerdo que admiré tanto este pensamiento cuando le leí no sé dónde, hace seis años, en mi primer viaje á Italia, que lo aprendí de memoria, y ya ves que no le he olvidado.

— Hace seis años, dijo Evelina, tenía yo catorce. Y añadió pensativa:

— No puedo evitar que me entristezca el pensar que has sentido tanto y conocido tantas cosas que son tan nuevas para mí... Cuando me cuentas un detalle, por pequeño que sea, que se refiere á tu pasado, ¡me hace tan feliz el oírlo!.. Pero esto sucede muy pocas veces... Sí, continuó, cuando hablas conmigo, como estos últimos días, con un cariño que tanto te agradezco, me lo dices todo menos lo que te concierne... ¿Crees que no lo he notado? ¡Ah! Si me atreviera...

— Atrévete, le dije.

El acento con que acababa de hablar había tocado en el punto enfermo de mi corazón. Lo más cuerdo hubiera sido interrumpirla, pero no pude hacerlo. Hacía algún tiempo había cesado de interrogarme sobre mis tristezas y mis silencios. ¿Por qué? Iba á saberlo y á conocer las apasionadas ansiedades que ocultaba aquella discreción.

— Me atreveré, pues, respondió. ¡Has sido tan bueno toda esta semana! Acaso lo serás más todavía. Cuanto más tiempo estoy contigo, más te amo y más comprendo que no te entregas á mí por completo... No me interrumpas. Déjame por una vez hablarte como yo pienso. Sí, lo comprendo y me explico también la razón. Has vivido, antes de conocerme, toda una vida de inteligencia y de curiosidad, una vida de emociones. Hay momentos en que pienso que guardas de esa vida, no ya remordimientos, pues no te hubieras casado conmigo, pero sí recuerdos... Tengo á veces la idea de que has experimentado en tu existencia una gran pena, de que algo ó alguien te ha hecho daño, mucho daño... En momentos como el actual, en que estamos tan unidos, tan cerca el uno del otro por el corazón, ¿no crees que podrías contarme un poco de tu vida? Por ejemplo, ¿ves cómo me atrevo?, querría yo saber si cuando tu estancia en Milán, hace seis años, tenías, no contigo, pues sé que no me hubieras traído al mismo sitio, pero en otra parte, alguna persona á quien amases...

— No, respondí, no amaba á nadie...

— Pero hace siete, ocho, nueve ó más años, continuó... Tengo algunas veces tal impresión de que hay un secreto en ti... Es como si en nuestra casa hubiese una pieza en la que no me dejases entrar nunca...

Y de repente, toda temblorosa viendo mi silencio, añadió:

— ¡Ah! Te he ofendido, lo veo. Perdóname y no me respondas. ¡Soy tan torpe! No sé tratarte... Pero es porque te quiero demasiado...

La apacigué lo mejor que pude con palabras de ternura en las que creyó ó fingió creer. He visto en sus ojos, toda esta noche, que ella también conoce,

como yo, que no puede existir armonía entre nosotros más que callándonos sobre las cosas profundas. ¿Aquel sueño de ser el esposo amigo de esta encantadora niña, es también una quimera como el de ser su esposo amante? ¿Pero qué he hecho yo de mi experiencia de la vida? ¿No sé que es imposible ser amigo de una mujer que nos ama?

Hay en el corazón apasionado una necesidad de encontrar ó de comunicar todo el ardor que á él le consume. ¡Con qué seguro instinto, esta cándida Evelina, que no sabe nada de la vida, ha conocido la especie de pacto que he hecho conmigo mismo de no hablar sino de asuntos extraños á nosotros! ¡Con qué finura ha aprovechado la ocasión para conducirme de nuevo á ese terreno sentimental en el que no puedo habitar con ella! Al despertar lo que debe dormir, se corre un riesgo demasiado grande. ¡Con qué seguridad ha discernido la verdadera causa de las turbaciones morales de que soy presa desde nuestro matrimonio. ¡Cómo ha adivinado que tengo un secreto y cuál es la naturaleza de éste! ¡Cuán justas eran estas palabras: «Alguien ó algo te ha hecho mucho daño!..»

Sí, hace ocho años, en esta fecha era yo dichoso, muy dichoso. Pero ¿con quién? En aquella época era cuando en las tardes ligeras de septiembre íbamos Antonieta y yo en coche cerrado á los bosques de Chaville y de Viroflay. Un ramo de rosas, preparado por ella, llenaba de un perfume de amor el carruaje que nos conducía á través de los arrabales populosos hasta el campo. Las cortinillas de seda azul estaban bajadas hasta la altura de su cara, y entraba el aire, que ella respiraba con delicia cuando empezábamos á pasar bajo las ramas todavía verdes. Nos apeábamos, y después de haber andado un poco, nos sentábamos junto á un pino, siempre el mismo, yo á sus pies y ella acariciando mis cabellos. Los pájaros cantaban. Las hojas se estremecían. El cielo estaba azul, y yo miraba sus ojos y los dejaba descender hasta el fondo de mi corazón. Entonces no tenía yo nada que ocultar. Nunca, cuando hablábamos, encontraba en mí Antonieta el punto del silencio, el rincón cerrado, la pieza donde no se entra, como había dicho Evelina. ¡Dios mío! ¡Si ésta sospechase lo que oculto en la pieza cerrada y cuál es el fantasma que veía en ella!..

III

Nápoles, 7 de octubre.

...Mis grandes horas de emoción han sido siempre por la noche, cuando acostado en mi cama dejo á la imaginación amplificarse indefinida y libremente y desarrollarse hasta el extremo de mi ser. Entonces siento mi pensamiento que me devora, las ideas se presentan con un relieve de cosas reales y los recuerdos crecen unos sobre otros hasta formar todo un edificio de esperanzas y de voluntades, de penas y de deseos, que sube, sube, sube... No puedo entonces dirigir mi alma, que vive una vida independiente, desmesurada, de la cual soy testigo y víctima.

En estos períodos de turbación profunda, como el actual, trato en vano de defenderme, de gobernar esos accesos de fiebre imaginativa. Siempre me vencen ellos, pero jamás me han invadido con tanta intensidad como en estas últimas semanas. Nunca había experimentado tampoco en esos accesos lo que ahora siento, cuando inmóvil en la obscuridad, veo que empieza en mi espíritu ese trabajo interior, y á unos pasos, en la pieza próxima, cuya puerta está abierta, duerme Evelina.

A veces me levanto para ir de puntillas hasta la puerta, á asegurarme de que está dormida, y oigo su aliento y percibo casi el latido de su corazón. ¡Joven y puro corazón que nunca ha palpitado más que por sentimientos sencillos y verdaderos! Vuelvo á acostarme, y sueño, mientras ella duerme, que su destino se está representando en mí, en ese drama de emociones contradictorias é ingobernables que en mí se desenvuelve. ¡Ah! Prefiero que duerma, que goce al menos del olvido y que sea yo solo el que sienta, con una sutileza repentinamente redoblada, todas las heridas de nuestro matrimonio. Demasiado las sospecha ya, aunque sin conocerlas.

La crisis es peor cuando adivino á Evelina despierta en las tinieblas, sabiendo muy bien que no duermo y absteniéndose de hablar, de moverse, casi de respirar, por miedo de que el timbre de mi voz, si le dirijo la palabra, le revele uno de mis malos momentos, que ella presiente con una especie de doble vista. Cuando llegan, lo sabe, por mucho que me esfuerce en engañarla. Cuando los accesos han pasado, lo sabe, no sé por qué señal, por qué alteración, invisible para otro cualquiera, de mi fisonomía, en la que imprimo, sin embargo, todo el cariño que siento por ella; por qué matiz de mis ojos que no le envían más que miradas de ternura. Pero no hay mirada ni hay actitud que puedan prevalecer contra la evidencia que ella formuló el otro día cuando, habiéndome interrogado, respondí que no tenía nada.

«Lo que tienes es que eres mi marido, me contestó; que soy tu mujer, y que, amándote con todo mi corazón, no eres dichoso...»

El insomnio de esta noche ha sido más terrible que los otros. Quiero reproducir todos los pensamientos que me han agitado, á fin de convencerme bien de que la resolución con que han terminado es la única prudente y de afirmar mi valor para cumplirla... Evelina se había dormido en cuanto se acostó. Yo dormitaba. El viento, que se había levantado por la tarde y que hacía gemir al mar, me despertó. Me puse entonces á pensar precisamente en aquella frase: «y tú no eres dichoso,» y repitiéndola muy bajo sentí su profunda, su irremediable desolación y su absoluta ternura, más aún que en el instante en que se la oí pronunciar. Aquella frase me oprimía el corazón como con una mano de hierro y me producía ese desfallecimiento que hace asomar las lágrimas á los ojos y las confidencias á los labios.

¡Ay! ¿Qué confidencias? Recordé entonces que ya una vez, la semana anterior, había yo pensado: «¿Y si hablase, si le confesase toda la verdad, que he conocido á su madre, que la he amado y que ese es el secreto que pesa sobre nuestra unión?..» Sí, había pensado esto, pero me había respondido: «Semejante confesión sería insensata.»

Hay, sin embargo, algo más insensato que esa confesión, y es haberme casado con esta niña y estar dominado por el recuerdo de la otra; es haber cometido tal acción y agravarla todavía con las penas que mi actitud produce á una inocente; es amarla bastante para no poder ya soportar la idea de abandonarla y demasiado poco para olvidar el pasado. ¿Quién sabe si una confesión completa sería la curación?.. ¿Me amaré bastante para perdonarme?..

Y en mi insomnio se me representó la hora en que había estado tentado de realizar ese proyecto. Estábamos entonces en Florencia. En una tarde de dulzura deliciosa, nos paseábamos Evelina y yo por las avenidas del jardín Boboli. Las terrazas adornadas de urnas y de estatuas, la belleza de los puntos de vista, el Campanilo, el Palacio Viejo, la Cúpula, los muelles del Arno que descubríamos á cada vuelta, la noble forma de las montañas á lo lejos, y por intervalos, los ecos ligeros de una campana que se prolongaban en argentinas vibraciones, todo se reunía para dar á aquel momento una poesía extraordinaria. Yo, sin embargo, no me había sentido nunca más oprimido, más cerrado, más incapaz de abandonarme á impresiones de dicha. En aquella decoración ideal había experimentado una angustia infinita al ver á Evelina gozar de aquella belleza tan tristemente, con ese fondo de melancolía que no la deja nunca, sin ese impulso de juventud dichosa que todavía tenía en Milán.

¡Oh absurdo de las situaciones falsas, de las que no puede salir nada que no lo sea! ¿Era el medio de devolverle esa dicha decirle la verdad sobre las causas de tristeza que tanto le inquietaban? No, sin duda. Pero era el medio de substituir con una crisis aguda y definitiva aquella lenta y sorda dolencia que á los dos nos consume. Los médicos dicen que la enfermedad es un procedimiento de la naturaleza para expulsar el principio nocivo. No parece sino que hay en el alma un instinto que la impulsa á practicar en ella misma ese método y á buscar la terminación de sus miserias en explosiones, aunque conduzcan á espantosas catástrofes. Y bajo los árboles de aquel jardín encantado, empecé á hablarle de su madre,

yo, que empleo de ordinario toda mi diplomacia en impedir que nuestras conversaciones tomen ese sesgo. Con pretexto de una alusión al museo del señor Andiguier, que vino naturalmente de aquel horizonte florentino, dije:

— ¿Cómo es que tu madre, tan unida como estaba con él, no tuvo nunca la idea de venir a Italia?

— Vino con mi padre, me respondió, el otoño anterior a su matrimonio...

— ¿Y no pensó nunca en volver?

— Sí, contestó. ¡Cuántas veces le oí interrogar minuciosamente al Sr. Andiguier, cada vez que éste volvía de sus viajes!.. Pero después se arrepentía por mi causa. No quería dejarme y tenía miedo de llevarme con ella, por el cansancio, por la comida de hotel y por el cambio de clima. El año antes de su muerte había hablado de hacer ese viaje con nuestro buen amigo, pero le dejó partir solo... Yo era toda su vida, y me sacrificó ese placer como todos... Por mí no quiso volverse a casar. ¡Y era tan hermosa!.. ¡Cuánto daría porque la hubieras conocido! Tenía en su personalidad un encanto al que no era posible abstraerse, y una manera tan dulce, tan igual de tratar a las personas, que se estaba a su lado como en una atmósfera de seguridad. Tenía el genio del cariño, y ninguna de las personas con quienes fue tan buena ha podido olvidarla. Ahora todavía, cuando hablamos de ella Andiguier y yo, veo que la tiene tan presente como si acabásemos de perderla. Yo, no tengo más que cerrar los ojos, y la veo delante de mí como la vi cuando vino a abrazarme antes de salir, el día del terrible accidente... Veo su mirada, sus cabellos, su boca; la veo toda, enviándome un beso — ¡el último! — desde el umbral de la puerta...

Evelina cerró los ojos al pronunciar esas palabras. Veía el fantasma, y yo le veía también. Antonieta estaba allí, en aquel jardín, mirándonos a los dos con sus ojos profundos, pero no con la misma mirada. La doble existencia que ella había querido se prolongaba más allá de la muerte; pues al evocarla, Evelina veía una madre llena de abnegación y de cariño, y yo la más apasionada y la más absorbente de las amantes. Esta amante y esta madre eran, sin embargo, la misma persona.

Yo también había recordado, cuando hablaba Evelina, un último beso cambiado en el umbral de otra puerta, días antes de la catástrofe... Y el contraste entre aquellas dos evocaciones me hizo ver con absoluta evidencia la imposibilidad de decir la verdad a Evelina... Esta noche, repasando en la mente toda aquella escena, he visto de nuevo la misma imposibilidad. No, nunca podré, sin cometer un crimen, mezclar la pura imagen que Evelina conserva de la muerta, con la otra imagen, la de nuestras citas de París. Sería un crimen contra Antonieta, que con una previsión tan meditada quiso aquel divorcio entre la madre y la amante, precisamente para que ninguna sombra obscureciese nunca su memoria en los recuerdos de su hija. Sería también un crimen contra ésta, a la que no tengo derecho para privar de ese altar íntimo en el que se refugia para ver a su madre. Y así como nuestro paseo de los jardines Boboli terminó sin que la explicación se verificase, nuestra vida común continuará sin que yo diga mi secreto. ¡Pero cómo me pesa ese secreto, cómo me pesa, en esta velada solitaria, al ruido del viento cada vez más desencadenado! Tenía miedo de que la tempestad privase también a Evelina de su reposo... Me pareció que se movía, y fui muy despacio a la otra pieza hasta acercarme a su cama. Estaba dormida.

Estaba dormida, y hasta en su sueño me amaba todavía, porque habiéndome sentado un momento a su cabecera, toqué su mano sin que ella se despertase, y como si adivinase en su sueño que yo estaba allí, sus dedos estrecharon dulcemente los míos. Aquella caricia tan tierna y tan confiada me hace acordarme de otra conversación que tuvimos ayer por la noche.

Estábamos paseándonos en coche por el camino de Posilipo. La luna se levantaba en un cielo sombrío y aterciopelado y las hermosas líneas del golfo se fundían en aquella claridad elísea. La ciudad se extendía detrás de nosotros ruidosa y resplandeciente, y allá, en las pendientes del volcán, una corriente de lava roja se desparramaba en anchas capas. Un grupo de chicuelos y de muchachas iba siguiendo nuestro coche para mendigar, y arrojaba flores en la capota con singular destreza. A propósito de esto, nos pusimos a hablar de los niños abandonados, y de repente Evelina se volvió hacia mí y me preguntó:

— ¿Has conocido a algún amigo de tu juventud que haya tenido hijos y los haya abandonado?

— Algunos, respondí. ¿Por qué?

— Porque es la acción más monstruosa que puede cometer un hombre, y quisiera saber qué razones se

da el que la comete para tranquilizar su conciencia.

— Pues muchas, dije, además de la incertidumbre de esa paternidad...

— ¿Y cuando no existe esa incertidumbre?

— Entonces se la crea, respondí riendo.

— ¿Pero cómo se excusa a sus propios ojos?

— Pensando que un extravío de la juventud no debe pesar sobre toda la vida. En estos casos se cumple con un donativo en dinero a la madre.

— Y el que tal hace, se casa, y no habla del asunto a su mujer... Estoy segura, dijo medio quejumbrosa, medio risueña, como quien quiere interrogar a alguno sin que lo parezca, estoy segura de que tú no hubieras obrado así...

— Felizmente, no he tenido que resolver el caso, dije.

Y bromeando a mi vez añadí:

— Supongo que no irás a colgarme algún milagro de esos...

— No, dijo cogiéndome la mano, y comprendí en su presión que el tono libre de mi respuesta acababa de disipar su ansiedad.

Su pregunta fue una prueba de que continúa, aun cuando no me lo diga, dando vueltas en su pensamiento al misterio que observa en mí. Había sin duda supuesto la existencia de un hijo natural que yo ocultaba, y había sufrido con esa idea, sin creer en ella.

— ¡Oh, no!, siguió diciendo tiernamente; te estimo demasiado para creer de ti nada malo, ni imaginarlo siquiera. ¿Qué razón podías tener, por otra parte, para mentir a un ser como yo, que te es tan adicto y que no te guardaría rencor por nada? Si me hubieras dicho: «Tengo un hijo,» te hubiera respondido: «Tráemele y le amaré...» Y le hubiera querido por ti..., no sin sufrir un poco, añadió moviendo la cabeza; pero sufrir por alguien es darse cuenta mejor de cómo se le ama...

Y siguió diciendo con acento profundo y casi solemne:

— No sabes todavía cuánto ni cómo te amo. Lo sabrás acaso un día, si no en esta vida, en la otra... Si fueses creyente, me comprenderías. Habrá un Juicio final, y entonces serán visibles las acciones más secretas y los menores pensamientos. Estoy segura de que en aquel momento no verás nada de mi vida que no te haga quererme más, y lo estoy también de que no me habrás ocultado nada de la tuya que pueda hacerme quererte menos... ¡Tengo tanta fe en ti!..

«¡Tengo fe en ti!» Su instintiva presión de manos en sueños me repetía aquella afirmación de su confianza absoluta. Le devolví su caricia, dulcemente para no despertarla; la dejé, y otra vez solo en mi cuarto, mis pensamientos empezaron a devorarme. Me pregunté por qué cada uno de los testimonios de estimación y casi de culto que me prodigaba, me producía aquella pena tan particular, la más insoporable de todas. ¡Ah! El principio más profundo de sufrimiento estaba allí, allí exactamente. Lo he comprendido en este insomnio y he visto qué trabajo se ha realizado en mí durante el tiempo, todavía corto, que me separa de mi boda.

Antes de vivir con Evelina en esta intimidad de todos los minutos, no sospechaba yo que pudieran existir almas como la suya, en las que todo es rectitud, transparencia, honradez y al mismo tiempo sensibilidad. Había para mí dos mundos, el de la vida moral y el de la vida pasional, y los consideraba como inconciliables en su esencia. Era preciso escoger y escogí. No había concebido que la pureza del uno pudiera asociarse con el ardor del otro, que se pudiera sentir tanto y permanecer tan sencillamente de corazón, conservar tanta virtud en medio de tanto fuego.

Algunas frases tuyas, como aquella sobre el juicio final, me hacen más palpable la radical contradicción entre su ser y el mío. Entonces, ante la prueba de que Evelina, en su inocente confianza, me cree semejante a ella, hay algo en mí que se subleva... ¿Qué?... Mi honor, sencillamente.

Es demasiado fuerte la impresión que me causa la diferencia entre el hombre que ella ve y el hombre que yo soy; demasiado evidente la mala acción que he cometido al apoderarme de toda una vida de una criatura tan intacta, tan ajena a todas las complicaciones, siendo así que éstas son mi único modo de sentir, puesto que mi matrimonio es para mí la complicación suprema.

La culpa ha sido de esa semejanza que me ha impedido ver su personalidad independiente. Creí reconocer en ella matices del corazón iguales a los de su madre, y si bien es cierto que tiene de su madre la facultad de absorberse en sus sentimientos y la de manifestarlos con esa finura y esa sensibilidad, también lo es que en Antonieta, un triste casamiento, largos años de contrariedad y la costumbre de repl-

garse en sí misma habían producido unas complejidades de carácter que hacían de ella mi verdadera compañera. Si fuese con ella con quien me hubiera casado, en vez de ser con Evelina, estoy seguro de que podría, aun en un matrimonio tan extraño, mostrarme a ella y confesarle la verdad de todos mis extravíos. De seguro reconocería mi corazón por el suyo. Ella y yo éramos de la misma raza, de esas almas ávidas de sentir y sedientas de emoción, de esos espíritus impacientes y audaces que van a la dicha por encima y a pesar de las leyes.

Evelina pertenece a otra raza, a la de las almas de orden, de sumisión, de armonía, que no conciben la emoción fuera del deber, que no querrían una felicidad comprada al precio de una falta, que no podrían quererla, pues esa felicidad no lo sería para ellas. Si esta piadosa niña me viese tal como soy, no me querría menos, estoy seguro, pues no se retira fácilmente lo que se ha dado con tal intensidad; pero tengo la certeza de que su amor se convertiría en una gran herida. Lo sé y el saberlo constituye para mí una sentencia, en efecto, una especie de condena.

Esta niña, con su sola presencia, me hace dudar de las ideas que han gobernado toda mi vida. He creído siempre que el hombre, puesto en un mundo que no comprenderá jamás, por una causa que no conoce y para un fin que ignora, no tenía más que una razón de ser, en esos años que se le conceden como una corta suspensión de la nada: multiplicar, avivar, exaltar en él las sensaciones vehementes y profundas, y como el amor las contiene todas en su más alta potencia, amar y ser amado. Cerca de Evelina, una especie de sugestión me obliga a preguntarme si me habré engañado pensando así. La idea que más he odiado siempre, como la más deprimente para la experiencia sentimental, la idea de responsabilidad, se empieza a apoderar de mí. Me siento responsable respecto de esta niña. *Tengo remordimientos.*

¡Qué agudos eran aquella noche y cómo me mortificaron! ¡Cómo he sentido la irreparable miseria de este matrimonio! Aun cuando hubiera encontrado en los brazos de Evelina toda la embriaguez que conocí en otro tiempo; aun cuando hubiera realizado con ella aquel programa del esposo amigo con el que soñé un momento, siempre sería cierto que estoy condenado a vivir a su lado mintiendo, y mintiendo en un punto que le afecta tan profundamente.

Sucedá lo que quiera, siempre habrá entre nosotros ese algo que no me deja estimarme si lo digo ni si lo callo. Siempre será cierto que al apoderarme de ella, le he quitado la posibilidad de encontrar al hombre verdaderamente digno de recibir su fe, que yo no merezco. ¡Cómo he comprendido esta noche que no la merezco! ¡Cómo me he acordado de la conversación con el padre Fronteau y de su extraña y profética frase: «Sería usted un día terriblemente castigado!..»

El viento seguía bramando y el mar gimiendo. Escuché otra vez, y Evelina estaba dormida, sin percibir la tempestad de fuera ni la que se había desencadenado en mi alma. El acuerdo entre la perturbación de los elementos y el mío era tan completo; había en aquel sueño ignorante de Evelina al lado de mi insomnio un símbolo tan claro de nuestra vida; el recuerdo de las palabras del sacerdote había hecho vibrar en mí de tal manera la cuerda secreta del misticismo, que me puse a pensar, como lo hacía con frecuencia en otro tiempo, en las comunicaciones entre los muertos y los vivos...

Acaso no acaba todo en la tumba. Acaso los desaparecidos pueden vernos desde el otro lado de la sombra impenetrable. Acaso guardan para nosotros sentimientos... He querido creer, cuando descubrí el amor de Evelina, que Antonieta hubiera favorecido, que favorecía este amor. ¿Y si fuera lo contrario? ¿Y si esta imposibilidad de dicha fuese una venganza de la muerta, una posesión de mi espíritu por el suyo? ¿Sería mi matrimonio, para ella, en esas tinieblas en que cayó trágicamente, sin confesión, sin arrepentimiento, una forma de suplicio eterno? ¿Sería este su infierno, ese infierno en el que cree Evelina, que no es una ilusa, y aquel sacerdote, que es tan sabio?

Por la mañana, cuando la pálida luz del alba empezó a filtrarse a través de las cortinas, mi exaltación se disipó. Me puse un traje de casa, volví a sentarme a la cabecera de la cama de Evelina, sin despertarla, y en aquel crepúsculo de la mañana contemplé sus facciones delicadas, la delgadez de su cuello, en torno del cual se enroscaba la pesada trenza rubia de sus cabellos, su fino y nervioso brazo y todos los signos de su gracia ligera hasta la fragilidad.

Y otro sentimiento se apoderó de mí con fuerza soberana en presencia de aquella dulce niña dormi-

da. Pensé que en aquella perturbación de mi vida sentimental y moral, tenía aún un deber que cumplir, suficiente para infundirme á pesar de toda alguna estimación de mí mismo. Ese deber consiste en evitar á mi mujer las consecuencias de mis locuras; pues al fin, cualesquiera que sean mis culpas para con ella en el pasado, es en el presente mi mujer, es decir, un ser que me ha tomado por sostén y á quien he jurado servir de apoyo. Es preciso que me domine y que desempeñe al menos ese papel que se resume en esta fórmula modesta, pero clara: el jefe de la comunidad.

He cometido una mala acción, un crimen, casándome con ella, y me veo castigado con grandes torturas morales, lo cual es justo. Pero no lo es que Evelina, que no tiene culpa alguna, sufra la pena de mis faltas ó de las de su madre. ¡Oh! ¡Cómo vacilo al escribir estas palabras tratándose de mi pobre Antonieta! He tomado la resolución de simplificar mi corazón, de realizar al fin aquel esfuerzo sobre mí mismo que el sacerdote me aconsejaba: *No debe usted abolir el pasado solamente en los hechos, sino también en los recuerdos...* Esos recuerdos son los que me dominan y debo matarlos. Es preciso que diga adiós para siempre á la memoria de Antonieta y que me arranque del corazón ese pasado, para entregarme por entero á Evelina...

Para esto es necesario que vuelva á ser dueño de mí mismo en la soledad. En esta vida común, en la que sin cesar influimos el uno sobre el otro, soy víctima de impresiones demasiado complejas para que pueda recogerme y reconstituirme una voluntad eficaz. He decidido hacer, para esta obra de nuestra salvación, lo que hacen antes de las resoluciones decisivas las personas religiosas, un verdadero retiro. Hoy mismo hablaré á Evelina y le daré una explicación de mis rarezas, que después de todo no es absolutamente falsa y en la que ella creerá. Pretextaré un estado nervioso que exige unos cuantos días de soledad, cerca de ella, pero separados, en Sorrento, por ejemplo. Esta separación, que me permitirá ver enteramente claro en mí mismo, marcará una fecha en nuestra vida. Lo único que temo es que Evelina no acepte esa necesidad de separarnos, aunque sea por poco tiempo. ¡Ah! ¡Que el alma de su madre pase por su mente y le haga sentir lo que no puedo explicarle!..

Sorrento, noche del 7 al 8 de octubre.

...Evelina no me ha hecho ninguna de las objeciones que yo temía. Ha sido verdaderamente la hija de Antonieta, de aquella que me decía: «Llámame y vendré. Cuando no me quieras, no me llames más.» Mientras yo le explicaba, con razones embrolladas, mis motivos para dejarla durante unos días, no había más que amor en sus ojos. Estoy aquí y ella lejos, sola en esa población extranjera cuyas luces blanquean el cielo al otro lado del golfo. La he dejado, he podido dejarla sin tener cerca de ella más que una doncella para que la cuide si cae mala; porque, al fin, hay enfermedades repentinas. También hay muertes súbitas: ¿cómo murió su madre?..

¡La he dejado!.. ¿Qué hará en este momento? ¿Qué pensará? Parece que la veo sentada en nuestro balcón, escudriñando el espacio, buscándome á lo lejos y consumiéndose de ansiedad. ¿Cómo he tenido fuerzas para subir en el coche y después en el tren que me ha llevado lejos de ella, cuando cada vuelta de las ruedas aumentaba la distancia entre nosotros? ¿Cómo, conociéndome, no he comprendido que no podría soportar la idea de que, estando tan cerca de mí, sufre, está inquieta y llora? Si ha creído en el pretexto que le he dado para marcharme, ¡cuál debe ser su ansiedad!; y si no lo ha creído, ¡cuánta su angustia! ¿No sabía yo de antemano que esta tentativa de retiro en tales condiciones, en lugar de calmar las punzadas de la idea fija, habría de exasperarlas?

Apenas ha empezado esta noche, la primera que voy á pasar lejos de ella, y ya me parece interminable. El viento se ha apaciguado. El cielo está lleno de estrellas. El mar todavía movido, pero más sereno, parece que lanza suspiros ahogados al chocar contra las peñas, como si la llamada del corazón de Evelina llegase al mío traída por las ondas. ¡Qué extraño es esto! La impresión de haberla abandonado á su pena ha suspendido por un instante todos mis demás sentimientos. Hasta el fantasma de Antonieta ha retrocedido. ¿Acaso la lástima que me inspira la viva será mi única arma contra la pobre muerta, que ya no puede sentir? ¿Estará en eso solamente la energía de olvido que pedía á mi voluntad?

¡Mi voluntad! ¡Como si la tuviera! ¡Como si nunca hubiera sido en mí otra cosa que el sentimiento más fuerte! He aquí, pues, ese sentimiento más fuerte, con el cual puedo esperar que viviré y que dejaré

vivir á Evelina: la lástima. ¡Oh! Cedamos á él. Abandonémonos á ese raudal de emoción que su sufrimiento hace brotar de mi alma y que lo borra todo... El resto, recuerdos, penas, comparaciones, remordimiento, no son más que ideas, un inútil y vano torbellino de ideas. Lo que es una realidad positiva es su pena. Lo que es también una realidad es que *compadecerla me hace amarla*. Es preciso que ella lo sepa, es necesario que lo vea. No, no permaneceré más aquí tratando de dominarme. ¿Para qué lo he querido sino para darle un poco de dicha? ¿No la sentirá mañana cuando me vea llegar no habiendo podido soportar esta corta ausencia? Poco importa que vuelvan á empezar las malas horas; por lo menos habremos pasado aquella en que leeré en sus ojos su alegría por mi vuelta y ella en los míos el arrepentimiento de mi ausencia.

IV

París, 2 de diciembre.

...Hemos vuelto á París y Evelina está embarazada. ¡Qué linda estaba y qué conmovedora con su tímida gracia cuando me anunció ese gran suceso! «Soy muy dichosa, me dijo, y sin embargo, debía tener miedo... Sí, añadió ruborizándose, me voy á poner fea y no me vas á querer.» Traté de tranquilizarla con palabras de cariño y la estreché contra mí con verdadera ternura. ¡Había tanto amor en aquel miedo de que el trabajo sagrado que se iba á realizar en su seno me separase de ella! ¡Había tanto amor y tan poca confianza en el porvenir de nuestra unión!

¿Pero he merecido que piense de otro modo? ¿Me he portado de manera que pudiese persuadirla de que se engañaba? ¿He acogido aquella noticia de la venida del primer hijo, que es el orgullo del hogar, como debe acogerla el fundador de una familia, con esa alegría grave y radiante del porvenir que una madre tiene derecho á esperar? ¡Un hogar! ¿Tenemos nosotros un hogar? ¿Se tiene un hogar cuando la vida común no lo es, cuando el vivir juntos no supone la unión, cuando el marido lleva consigo todo un mundo de pensamientos prohibido para la mujer, y cuando ésta sabe que el niño que se ha estremecido en su vientre no es hijo del amor, sino de la compasión? Aquel ser fué engendrado en la emoción de mi vuelta de Sorrento, en aquellas horas de tierno arrepentimiento y de conmiseración apasionada. No es el fruto de la alegría, sino el de los remordimientos. No es un vástago de dicha y de esperanza, sino el hijo del mortal delirio en que me sumió el sentimiento de una pena que no me perdonaba el haber causado.

¡Cuántas lágrimas he mezclado con los besos por los cuales fué llamada á la existencia aquella promesa de alma! Aquella noche vi á Evelina, encantada al principio por lo que ella creía una locura de amor, turbarse de repente en mis brazos, velar en sus ojos la llama de la dicha y separar sus labios de los míos. Y cuando trastornado por aquella melancolía repentina, le dije:

— Pero no querrás nunca creer que te quiero?
— No, respondió, no me quieres; me compadesces...

Entre tales impresiones ha sido creado ese niño. Cuando Evelina pronunció la frase reveladora «Estoy embarazada», ese fué el recuerdo que surgió en mi mente y que impidió en mí el orgullo instintivo de la raza, del que sin duda hubiera estado poseído como todos los hombres, aun los más indiferentes y los más cínicos.

Concibo lo que experimenta un tísico que, conociendo su estado, sabe que su mujer va á ser madre. Ese hombre se pregunta, como yo no he cesado de preguntarme en estas últimas semanas: «¿Qué herencia pesará sobre ese niño?» ¿Qué gérmenes, pienso yo, de malestar moral y físico habrá depositado en él la unión de dos seres tan turbados? Si es un hijo y se me parece, ¿le habrá transmitido mi alma miserable de hoy, tan incierta y desorientada, tan torturada y tan torturadora? Si es una mujer, ¿qué mancha de inquietud le habrá legado Evelina, la Evelina de aquellas palabras tan desesperadas y tan tiernas: «Tú no me amas; me compadesces?..»

Hay un pasaje en la Biblia, que leí por azar cuando era muy joven, en la época de mis primeros impulsos hacia la vida, y que nunca he olvidado: de tal modo se aplicaba entonces ya á mis relaciones con las personas de quienes desciendo. Se trata del profeta Elías y de su desesperación cuando echado en la arena del desierto, á la sombra de un enebro, gemía: «Basta, señor, toma mi alma, puesto que no soy mejor que mis padres...» ¡Exclamación muy triste, pero no tanto como la que brotará de mi corazón si he de ver crecer un hijo que valga menos que yo, que valgo

á mi vez menos que mi padre, el cual valía menos que los suyos, puesto que éstos le crearon sano y equilibrado y él me hizo á mí tan enfermo! ¿Cómo habré hecho yo á mi hijo? ¡Con tal de que sea un varón!

Uno de mis terrores es que sea una hija y que encuentre en sus facciones, en sus ojos, cuando crezca, esa identidad de tipo que tanto me ha encantado y tanto me ha hecho sufrir en Evelina. Esa sería la tragedia de nuestro matrimonio renovada á cada instante, encarnada en un ser que tendría un poco de nuestra carne, de la de Evelina, de la mía, de la de Antonieta. Eso sería la *sensación del incesto* que me persigue, pero indestructible, viviente... Y tengo miedo, sí, tengo miedo de los instintos que se despertarían en mí. Se puede odiar á un hijo. Es horrible, pero ocurre á veces. ¡Que la suerte me evite esa prueba!..

Tan poco unidos estamos, aun viviendo y respirando juntos, que el nacimiento de una niña, que me hace estremecer de horror, es precisamente lo que Evelina desea con más pasión. No sospecha el mal que me hace cuando, sentados los dos al fuego, me habla de sus ambiciones maternas. Entonces me explica su preferencia con razones puras y sencillas que proceden de su manera recta y leal de comprender y de sentir la vida.

— Una niña, me decía ayer, sería la reproducción y como la prolongación de mi infancia. Mi hija sería para mí lo que yo he sido para mi madre, y yo para ella lo que mi madre para mí. Con la diferencia natural de edad y con los papeles cambiados, volvería á encontrar el mismo modo de vivir, en la misma casa. ¡Cuánto me alegro de que no se haya vendido este hotel! ¡Me gusta tanto pensar que duermo en el mismo cuarto en que dormía mi madre! ¡Me gustará tanto que mi hija duerma donde yo he dormido! A un hijo le querría mucho también, pero no me produciría esa impresión de una vida que continúa... No he tenido hermanos ni he conocido apenas á mi padre. La familia para mí es una madre y una hija... ¡Oh! Perdóname, continuó; y tú...

Acababa de ver otra vez en mi cara el reflejo de mi malestar interior, y le atribuía á sus palabras, lo que era cierto, aunque por causas muy diferentes de las que imaginaba su ternura. Todo lo que ella piensa de la familia lo pienso yo también. Ese instinto de continuidad; esa necesidad de tener nuestros muertos cerca de nosotros y de movernos en su atmósfera; ese deseo de vivir como ellos vivieron, de reproducir su pasado en el presente y de perpetuarle en el porvenir de los hijos; esas emociones tan nobles son el cimiento del hogar; lo sé, lo siento como ella.

¡El hogar! Siempre esa misma palabra, que viene á mi mente con la frecuencia de un estribillo y expresa la nostalgia de lo que el matrimonio y la paternidad tienen de tan dulce, de tan profundo, de tan satisfactorio para el corazón.

¿Cómo asociarme á esos sueños de Evelina para el porvenir de su hija, á la que imagina paseando sus juegos y sus risas, sus ojos azules y sus bucles rubios, por el cuarto que fué de Antonieta? Su veneración convierte naturalmente á su madre en abuela. Para mí esa madre es una amante cuya ardiente sensibilidad no quisiera encontrar en mi hija. ¿Cómo respirar en esta casa la atmósfera de verdad que respira en ella Evelina? Para ella, este hotel en el que se ha criado es el sitio en que se encuentra más ella misma, es *su casa*, el asilo en que es más libre para dar expansión á su persona y para gozar sinceramente de sus alegrías. Para mí el vivir aquí es mentir, mentir con mis miradas, mentir con mis ademanes, mentir con mis actitudes, puesto que no puedo decir ni uno solo de los pensamientos que despiertan en mí estos sitios en que vivió mi amada...

¡Qué presagio fué el de aquella primera visita, en que la vi aparecer en el espejo de su saloncillo, en el que se miraría tantas veces antes de ir á reunirse conmigo para saber si estaba guapa y si me gustaría! ¡Cómo se me *aparece* en estas piezas que Evelina trata de arreglar como estaban en otro tiempo! Por todas partes ha puesto retratos de su madre, para tener siempre aquella imagen delante de los ojos durante su embarazo, á fin, dice, de que la criatura se modele según la belleza de la muerta. Así, encuentro sin cesar á Antonieta en todas las edades: aquí niña y ya tan fina y tan precozmente sensible y delicada; allí un poco mayor; más allá en vísperas de casarse; en otra parte casada ya; y en otra, en la época en que me amó. Y me mira desde el fondo del pasado, me llama y me incita... Me incita... ¿A qué?.. A ir por fin á reunirme con ella en la gran noche en que reposa desde hace tanto tiempo — ocho años, dentro de dos días.

(Continuará)

ESCUELA ELEMENTAL DE ARTES É INDUSTRIAS DE VILLANUEVA Y GELTRÚ (1)

Las Escuelas de Artes y Oficios vinieron á contri- y Geltrú. Recientemente, y después de algunas re- nombre y regidas por el mismo plan se asimilen á
buir en cierto modo al desarrollo de las enseñanzas | formas introducidas en su organismo por el señor | las primeras.



Vista general del edificio en donde está instalada la Escuela elemental de Artes é Industrias de Villanueva y Geltrú



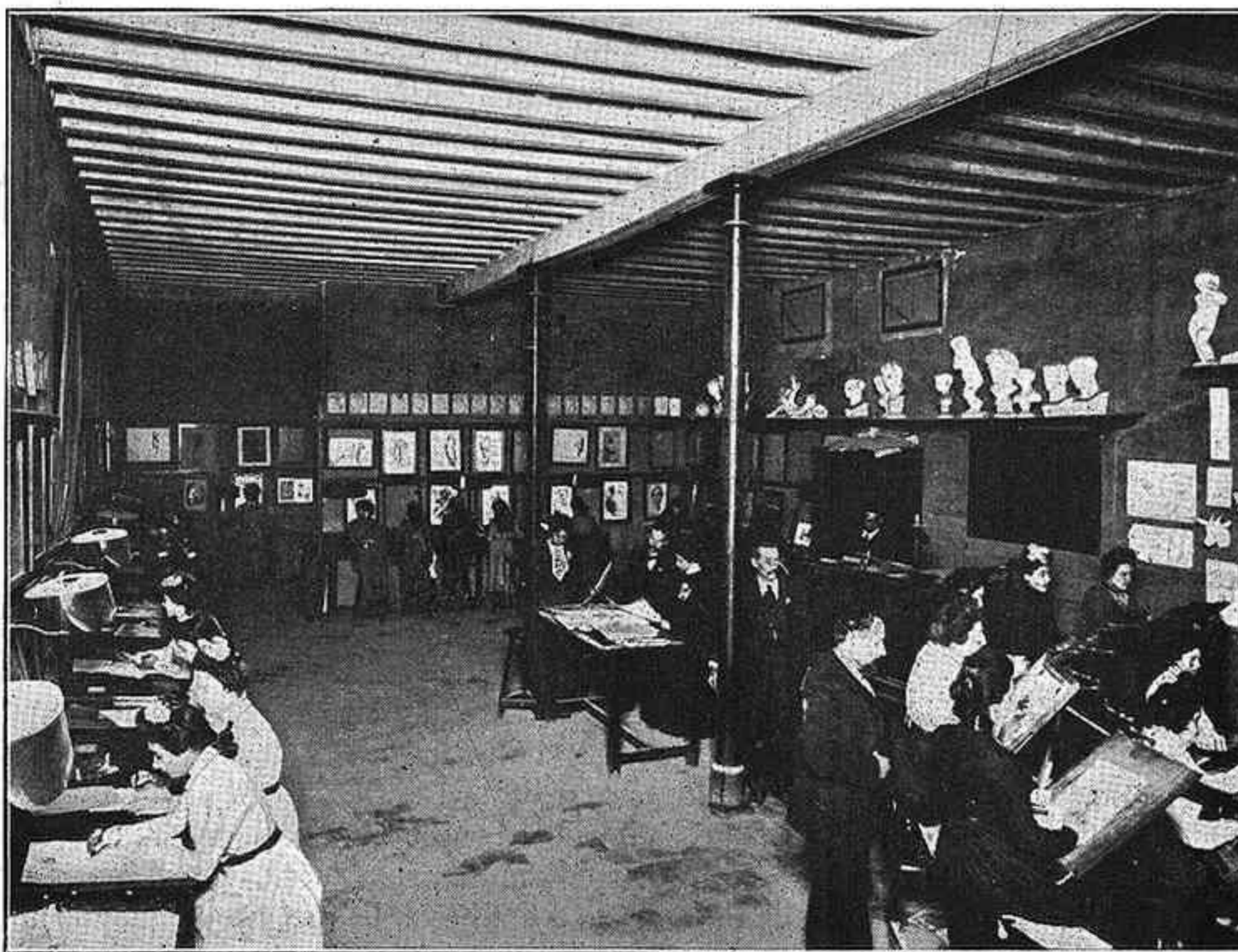
Clase de Dibujo geométrico; profesor, D. Policarpo P. Terrados

técnico-artísticas encomendadas á las Escuelas de Bellas Artes, que ya de antiguo vienen funcionando en señaladas capitales de España.

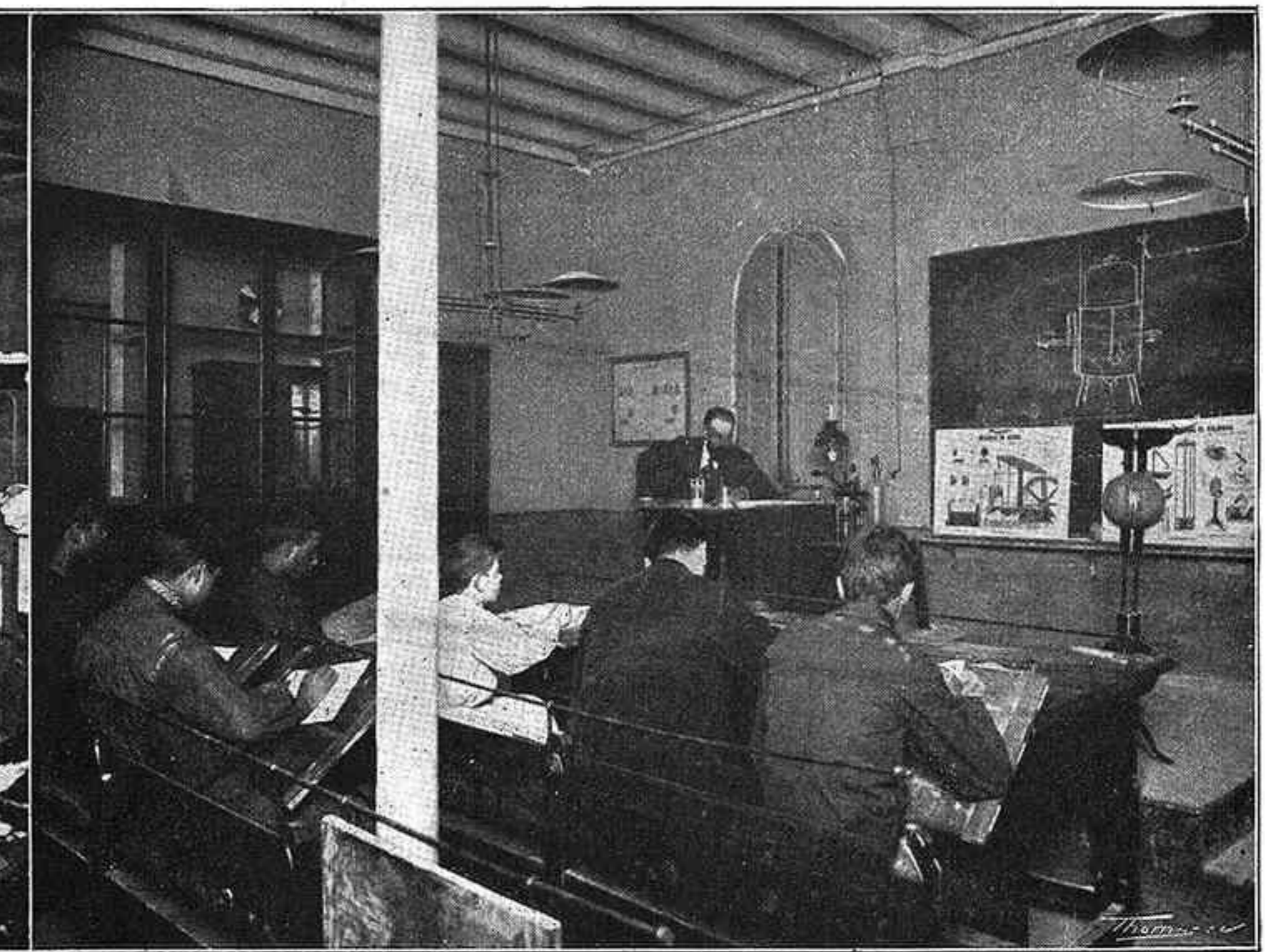
Creadas en 1886, como por vía de ensayo, siendo

marqués de Pidal, han continuado funcionando, siempre en esencia bajo el mismo carácter de la propagación de conocimientos técnicos y prácticos para las clases populares, no sólo las siete Escuelas men-

Y si aún esas Escuelas no son en España modelos de perfección, ni gozan de una vida tan próspera como en el extranjero, en donde el desarrollo de las suyas, llamadas *Profesionales*, ha experimentado un



Clase de Dibujo de Adorno y Figura para señoritas; ayudantes encargados, Sres. D. Alfonso Viñals y D. Germán Roig



Clase de Física y Química; profesor, D. Roque Domínguez

ministro de Fomento el Sr. Navarro Rodrigo, disfrutaron la suerte de verlas establecidas en sus localidades poblaciones tan importantes como Alcoy, Almería, Béjar, Gijón, Logroño, Santiago y Villanueva

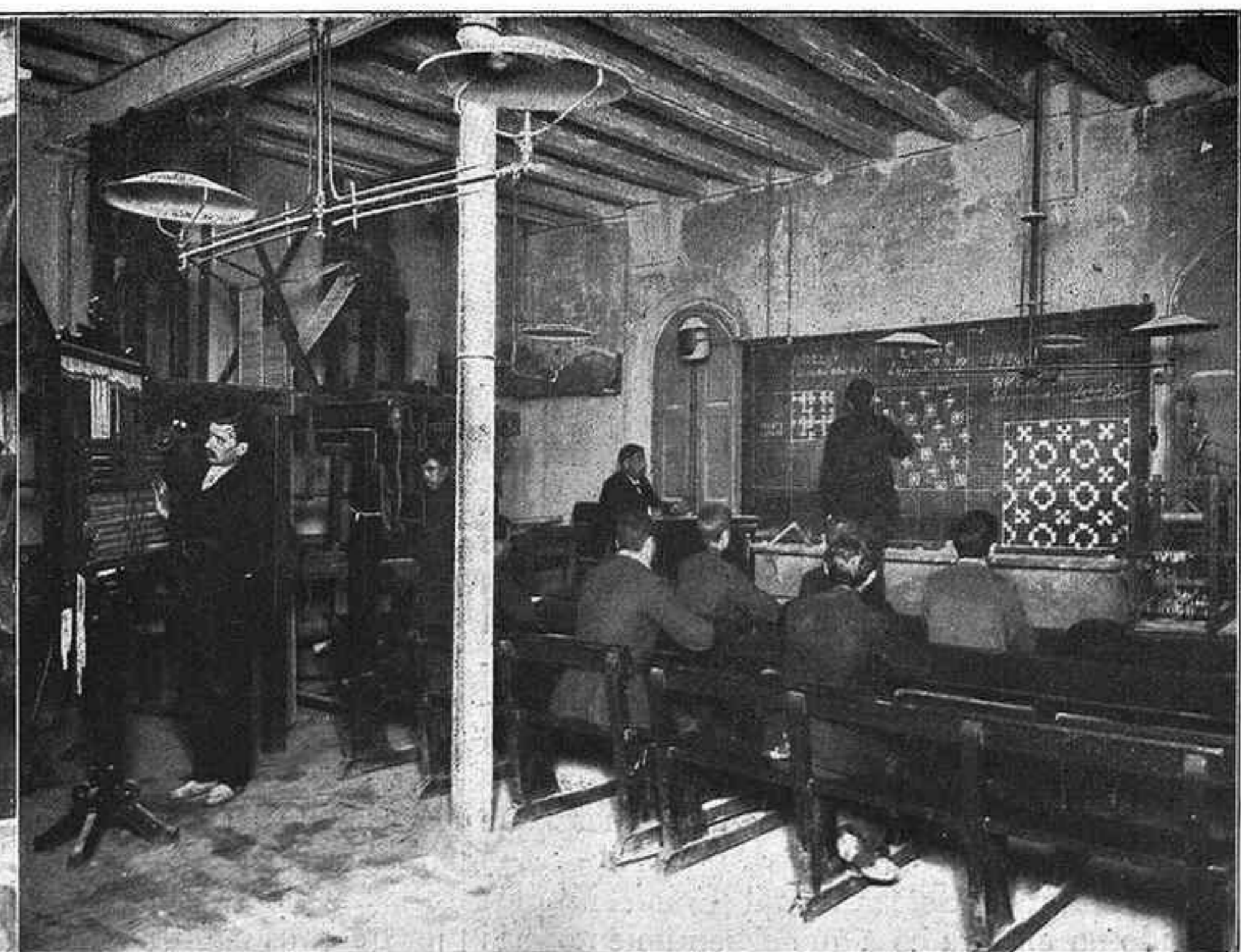
cionadas, con el nombre de Escuelas elementales de Artes é Industrias, sino también las que va el Gobierno creando desde hace poco como ampliación de las provinciales de Bellas Artes, para que con igual

crecimiento verdaderamente asombroso, ello es que

(1) A la amabilidad de D. Policarpo P. Terrados, director de la Escuela elemental de Artes é Industrias de Villanueva y Geltrú, debemos las fotografías que publicamos en esta página.



Clase de Modelado y Vaciado; profesor, E. Antonio Alsina



Clase de Teoría y práctica de Tejidos; maestro de taller, D. José Castany

hasta el presente se amoldan perfectamente al espíritu con que se crearon, cual es el de que reciba de ellas el obrero, prácticamente y de una manera racional, las enseñanzas estrictamente necesarias para una instrucción en armonía con las necesidades del taller.

Son pocos quizá aquellos de nuestros lectores que se hayan penetrado bien de la importancia que han ido adquiriendo aquellas poblaciones desde la creación de esas Escuelas especiales. Por lo que más directamente afecta á la primera que de esta clase se estableció en Cataluña, en Villanueva y Geltrú, debido á las gestiones del malogrado D. Víctor Balaguer, los informes bien conocidos que de ella tenemos por la circunstancia de prestar en ella nuestros servicios, nos hacen asegurar, descartando todo aquello que pudiera presentarnos como demasiado parciales, las muchas ventajas que de sus enseñanzas ha conseguido el numeroso elemento obrero con que cuenta esta industriosa villa.

Los resultados positivos adquiridos son evidentemente palpables, traduciéndose desde luego en un mayor grado de comprensión y habilidad del obrero en las distintas profesiones á que se dedica; la suma de conocimientos prácticos se ha hecho más patente en la enseñanza de tejidos, que ha contribuido á formar un buen plantel de contra maestros y mayores en la especialidad que, como ya es sabido, es en Villanueva la principal fuente de vida.

Cuanto á la educación artística, causa primera de la adquisición del buen gusto necesario á todas las profesiones, ha venido notándose su influencia con inmediatos resultados que se han reflejado en todas las pequeñas industrias aquí establecidas. Con haber hecho extensiva dicha educación á la mujer, que á las aulas de la Escuela asiste diariamente, se ha logrado afinar su innato buen sentido hacia lo bello, de que tan buenos frutos puede sacar en las ocupaciones que le son peculiares; y se ha venido además evidenciando que la mujer no es en nuestro país reacia á las enseñanzas modernas.

Y si no tan brillantes resultados han podido conseguirse en las enseñanzas orales ó de ciencias de aplicación, como la Aritmética y la Física, debido quizá á la deficiente preparación del alumno en la primera enseñanza completa, de esperar es que el obrero, llegando á persuadirse de la importancia que deben tener para él siquiera sean los más elementales conocimientos de aquellas ciencias, entre convencido en su estudio.

Entusiastas por la cultura general y amantes de todo cuanto tienda á aportar á ella las necesarias nociones sobre la aplicación práctica del incesante fruto que produce la humana inteligencia, nos felicitamos de contar en Villanueva con su Escuela de Artes é Industrias. Convencidos estamos de que gracias á ella el elemento joven que al trabajo manual se dedica empieza ya á sentir el beneficioso influjo

de sus enseñanzas, que le mueven á abandonar toda rutina, porque puede y sabe aplicar á la labor que ve nacer de su cotidiano trabajo todos los progresos racionales adquiridos por el estudio.

Las corrientes de ilustración que en nuestros últimos tiempos circulan invadiendo hasta los lugares más faltos de toda elemental cultura; el desenvolvimiento prodigioso de nuevas industrias; el desarrollo siempre creciente de las artes, y otras no menos poderosísimas manifestaciones de adelantamiento universal, van ya siendo estímulo constante para que se preocupen en convertir á la realidad la enseñanza técnico-artística en toda su extensión, no solamente los poderes públicos, sino cuantas entidades tienen á su mano el porvenir de los pueblos. Ya las tendencias actuales son de crear y organizar Escuelas de Artes é Industrias, llegando actualmente á más de doscientas las subvencionadas por Diputaciones, Ayuntamientos, corporaciones científicas ó agrupaciones particulares: bien así se estima lo que puede beneficiar á poblaciones que cuenten á lo menos con 10.000 almas, el establecimiento en ellas de nuevas Escuelas que, como la que nos ocupa, sean el poderoso medio para que el obrero sepa cumplir con las necesarias exigencias de las artes é industrias modernas.

FRANCISCO TOLDRÁ.

Villanueva y Geltrú, mayo de 1901.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Siete Medallas de ORO

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor. 31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

Francos 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPIÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

CAÑDES et Co. Ep. St-Denis, 16

PÍLDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los ferulentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

SOLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la omisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 2, rue J.-J.-Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA MUSA DEL DEPARTAMENTO. EL ILUSTRE GAUDISART, por H. de Balzac.— Forma parte este tomo de la biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso; y como las dos novelitas que contiene pertenecen á la categoría de las obras clásicas, nada hemos de decir en alabanza de este libro, que correctamente traducido por el señor García Bravo, se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadrado en tela.

ACTA DE LA SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL DEL CURSO DE 1900 Á 1901 QUE EL INSTITUTO MÉDICO-FARMACÉUTICO DE BARCELONA CELEBRÓ EN 28 DE ENERO DE 1901.—Contiene este folleto la memoria leída por el secretario general Dr. D. Manuel Mer Guell reseñando los trabajos de la corporación, un interesante trabajo del doctor Agustín Prió sobre los rayos Röntgen y sus aplicaciones médicas por los Dres. César Comas y Agustín Prió, y un notable discurso resumen leído por el Dr. D. Enrique Ribas, presidente del Instituto. El folleto ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Francisco Badía.



UN ALMUERZO DE OBRERAS EN LAS TULLERÍAS
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

ESPAÑA FINANCIERA.—Se ha publicado el cuaderno 5.º de esta notable obra, en el que se insertan veinticuatro semblanzas de otros tantos conocidos hacendistas españoles y americanos, acompañadas muchas de ellas de los correspondientes retratos. Suscríbese en Madrid (Guzmán el Bueno, 10).

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telegráfica, revista que se publica tres veces al mes en Barcelona; Europa y América, semanario mercantil barcelonés; Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer, revista semanal de Villanueva y Geltrú; Revista Contemporánea, publicación quincenal madrileña; Sol y sombra, semanario taurino ilustrado madrileño; El suceso ilustrado, que se publica semanalmente en Madrid; El Mando Latino, gran publicación intercontinental semanal madrileña; Bibliografía Española, revista quincenal de imprenta y librería que se publica en Madrid; Idearium, revista quincenal ilustrada de Granada; Gaceta Médica de Granada, revista quincenal; La Atlántida, periódico de Las Palmas; La Provincia, semanario de Guadalajara; El pensamiento latino, revista quincenal de Santiago de Chile; Archivos de Medicina y Cirugía especiales, revista mensual parisiense.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
402, Rue Richelieu, PARIS
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GELIS & GONTÉ Grageas al Lactato de Hierro de
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ca} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

CREME DE LA MECQUE DUSSEY MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN